

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

# Terror psicológico

Costa Rosa está siendo objeto de un espantoso terror psicológico. Una emisora clandestina, con un locutor de bonita voz que se hace llamar Bélico, está radiando una serie de programas en los que vaticina la inminente invasión que realizará un país vecino y los horrores que les esperan a los costarosenses.

Por supuesto Brigitte entra en acción para ayudar a los aterrorizados habitantes de Costa Rosa.



Lou Carrigan

# Terror psicológico

## Brigitte en acción - 270

## Archivo Secreto - 247

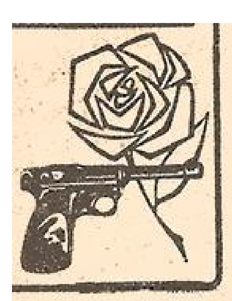
**ePub r1.0**

**Titivillus** 26.08.2017

Lou Carrigan, 1979
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

# Brigitte EN ACCION



# Capítulo Primero

—¡Pues yo digo que esto es inadmisible! —vociferó Frank Minello —. ¡Y desde luego, si yo dirigiese este periódico, tomaría medidas drásticas para demostrar mi disconformidad con el pésimo espíritu deportivo que impera en nuestros días, en los altos niveles!

En el despacho de Miky Grogan, director del matutino neoyorquino Morning News, estaban, además del vociferante Minello, jefe de la Sección Deportiva del mismo diario, el sorprendido jefe de Redacción, Moses Clay, tipo simpático, orejudo, de largos cabellos blancos, revueltos.

—Caramba, Frankie —exclamó Moses—. ¡Nunca te había visto tan enfadado!

—¡Estoy enfadado porque, me da la gana! —aulló Minello.

Y estaba también, con expresión seráfica, muy acorde con su dulce belleza, Brigitte Montfort, jefe de la Sección Internacional del Morning, Premio Pulitzer de periodismo, superespía de lujo de la CIA con el sobrenombre de Baby, y, sin duda alguna, la mujer más linda del mundo. Rostro de facciones bellísimas, boquita sonrosada con el labio superior ligeramente alzado, hoyuelo vertical en la barbilla, preciosas orejitas, y los ojos azules más grandes y puros que pudiesen buscarse en el universo mundo. Un rostro sugestivo, atrayente, acorde con un cuerpo de líneas impecables. Y todo ello, como matizado por la pasmosa epidermis de tono dorado, como de sol y de oro.

Fue Brigitte quien tomó su turno para hablar, después del último aullido de Minello.

—¿Qué medidas drásticas tomarías tú para demostrar tu disconformidad…, si dirigieses el Morning, Frankie?

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo?

Brigitte sonrió deliciosamente.

—Si no quisiera saberlo, no te lo preguntaría, querido.

—Es verdad —se encantó Minello—. Y me has llamado «querido»… ¡Ustedes son testigos de que me ha llamado «querido»!

—Yo no he oído nada —aseguró Miky Grogan.

Moses Clay le miró asombrado, pero captó el guiño de Grogan, y apretó los labios en una sonrisa.

—Yo tampoco lo he oído, Frankie —dijo.

—¡Pues los dos deberían lavarse las orejas, porqué la mugre que tienen dentro les está dejando sordos!

—Yo siempre llevo las orejas limpias Gruñó Grogan.

—Yo también —dijo Moses.

—Pues a lo mejor se les ha quedado muerto en el pabellón auditivo algún elefante, de los que pastan dentro de sus cabezotas… ¡Porque sólo teniendo dentro de la cabeza un rebaño de elefantes, haciendo ruido, han podido dejar de oír que Brigitte me ha llamado «querido»! Brigitte: ¿verdad que me has llamado «querido»?

—Sí, querido —sonrió la divina.

—¡Ajajá…! ¡Ya lo saben! ¡Y además, lo ha vuelto a hacer!

—Yo no lo he oído —insistió Grogan.

—Yo tampoco —aseguró Moses Clay, conteniendo la risa.

—Si yo fuese tú, Frankie —medió de nuevo Brigitte—, no les haría caso. Es evidente que te están provocando para que digas esas tonterías que a ellos les hacen tanta gracia…, aunque no quieran admitirlo. De modo que me vengaría de ellos, no diciendo tonterías.

Frank Minello se quedó con la boca abierta, recapacitando sobre lo dicho por Brigitte. De pronto, cayó de rodillas ante Brigitte, que estaba, sentada en uno de los sillones amplísimos.

—Reina mía, la Inteligencia se ha manifestado en ti una vez más. Luz de mi vida, paloma de mi alma, perla de mi corazón, ser exquisito de irradiaciones lumínicas celestiales…, ¡tú sí que me comprendes!

—Pero, Frankie —rió Brigitte—, no podré comprenderte si no me dices cuáles son tus pensamientos sobre este asunto.

—¿Qué asunto? —Simulaba Minello que le caía la baba, contemplando a Brigitte.

—Si no recuerdo mal, estábamos hablando de la posibilidad de que los Juegos Olímpicos de Montreal sean suspendidos por todo el asunto suscitado entre Formosa y Canadá. Canadá no quiere admitir a Formosa con ningún nombre que se parezca al de China, y

Formosa, al parecer, se niega a presentarse con denominación alguna, si no se incluye la palabra China. Y cuando estábamos hablando de esto, tú has pillado un berrinche y has dicho que esto era inadmisible, y todo lo demás… ¿Lo recuerdas?

—Son tus ojos el faro de mi vida —recitó Minello—. Es tu boca el pozo de mis deseos… Es tú garganta el reposo de mi mirada, y son tus senos…

—Frankie: frena.

—¿Porqué?

—Porque si sigues navegando por esas aguas, te vas a ir a pique. ¿Quieres hacer el favor de contestarme de una vez?

—Sí, reina mía… ¿Mis medidas drásticas si yo fuese el director de este periodicucho infame, miserable y vulgar…?

—¡Está llamando periodicucho al Morning! —exclamó Moses Clay, palideciendo—. ¡Está llamando infame, miserable y vulgar al mejor periódico de todas las Américas después del…!

—Calma, Moses —aconsejó Brigitte—. En realidad, con quien está Frankie enfadado es con Miky, porque le está obligando de todos modos, y pase lo que pase, a ir a Montreal. Y Frankie está enfadado con Miky porque, si pudiese, no iría a Canadá, sino que… ¿Qué harías, Frankie?

—Haría un convenio con todos los periódicos del mundo para ignorar por completo las Olimpiadas. Eso haría —gruñó Minello.

En el despacho reinó un profundo silencio, tras estas palabras pronunciadas seriamente por Frank Minello. Brigitte encendió un cigarrillo, y luego preguntó:

—¿Qué ganarías con eso?

—Yo, nada. Sólo una pequeña satisfacción personal. Pero las Olimpiadas sí saldrán ganando algo. Siempre hay algún papanatas que aprovecha la celebración de los juegos deportivos para poner de manifiesto sus deseos y sus intereses, ¿no es cierto? Pues bien, a mí eso me parece completamente antideportivo, de modo que ignoraría, en la Sección Deportiva de mi diario, todo lo relacionado con cuestiones antideportivas. Y lo mismo haría si tuviese poder en la televisión y en la radio, etcétera. Como si los Juegos no existiesen. Ya verías cómo entonces, al no tener publicidad alguna, las actividades de las Olimpiadas se limitarían a las estrictamente deportivas. Quedarían los verdaderos atletas, los auténticos

deportistas, los que durante años se están preparando para superar, en un solo día, a veces en unos pocos segundos, las posibilidades del ser humano, para demostrar que siempre se puede ser mejor, que siempre se puede progresar si se tiene voluntad, constancia, disciplina… A los que sólo piensan en esto, les tendría sin cuidado la prensa, la televisión y la radio, y seguirían siendo deportistas. A los otros, a los que esperan la Olimpiada sólo para airear sus asuntos de otra índole, les haríamos la puñeta, con todo gusto y satisfacción, ya que sus actividades subversivas, de toda clase, no les servirían de nada.

—En cierto modo, tienes razón —admitió Brigitte—. Pero nosotros somos periodistas, y la obligación de los periodistas es informar al público de todo lo que ocurre en el mundo.

—Bueno —gruñó Frankie—, cada cual puede ver el mismo asunto a su modo, ¿verdad? Yo haría eso, y al que no le guste, que se muerda el rabo… ¡Menos tú, vida de mi vida!

—¿Y por qué yo no?

—Porque tú no tienes rabo.

—¿Y nosotros sí? —Frunció el ceño Grogan.

—Claro que sí: rabo y cuernos. Y hablo de cuernos demoníacos, no de los otros, porque de los otros, me consta que tienen ustedes unas esposas que no se las merecen, así que en modo alguno voy a ofenderlas a ellas. ¿Se enteran?

—Gracias en nombre de mi esposa —sonrió Moses Clay.

—En cuanto a mí… —empezó Grogan.

—¡Hombre, ahora que me acuerdo…! —le interrumpió Frank Minello—. ¡Sé un chiste nuevo!

—¡Oh, no! —gimió Brigitte.

—Te aseguro que es de los buenos. Y además, no es pornográfico. Por cierto, sé otro que… No. Ése no te lo cuento a ti, no. Pero te voy a contar uno bueno a ti, Luz de mi Alma. ¿Tienes preparadas tus lindas orejitas?

—Frankie, si el chiste es malo, no querré escucharte ningún otro durante un mes por lo menos.

—Mujer, que es bueno, de veras… Verás: un muchacho está esperando a su padre en la sala, y cuando el buen hombre llega, rendido de trabajar, se planta delante de él, y le dice: «Papá, esta vida es un asco, de modo que no estoy conforme con ella. Por lo

tanto, he decidido partir, viajar por el mundo en busca de fortuna, aventuras y hermosas mujeres… ¡Y no trates de detenerme!». Y entonces, el padre, con los ojos brillantes, le dice: «¿Detenerte, hijo mío? ¡Me voy contigo, eso es todo!».

—Es muy malo —dijo Moses Clay.

—Malísimo —asintió Grogan.

—¡Silencio, bocas pecadoras! —exigió Minello—. ¿Cuál es tu veredicto, Diosa de la Risa?

—Me ha gustado —sonrió Brigitte.

—¡Yupiiiii…! —empezó a dar saltos Frankie—. ¡A la Reina del Mundo le ha gustado mi chiste! ¡Lo celebraré como es debido, esto es, con juergas y bacanales que…!

El timbrazo del teléfono desvió la atención de todos hacia el aparato, y, por lo tanto, viendo que no tenía público, Minello dejó de hacer el tonto. Grogan atendió la llamada, y enseguida miró a Brigitte. Acto seguido, dijo «sí; de acuerdo; adiós», y colgó.

—Era para usted —continuó mirando a Brigitte—. Parece ser que su florista, el señor Pitzer, la está buscando.

—Ah, el buen señor Pitzer —sonrió Brigitte—. Sí, de cuando en cuando, cambiamos impresiones sobre los envíos de flores a mi apartamento. Bueno iré a verle ahora mismo… ¿O tenemos algún asunto pendiente?

—Conmigo, no —dijo Moses, mostrando las grandes páginas listas para la corrección.

—Conmigo tampoco —refunfuñó Grogan.

—Pues conmigo, sí —dijo Minello—. Y te advierto que lo solucionas a mi satisfacción, o sólo saldrás de aquí pasando por encima de mi cadáver.

—¿Cuál es nuestro asunto pendiente, Frankie?

—Te he contado un chiste que te ha gustado, así que exijo mi premio: un besito.

—¡Oh, Frankie…! ¿Delante de estos señores? —Simuló turbarse la espía más peligrosa del mundo.

—Tienes razón —saltó Minello—. ¡Nos iremos a un lugar tan privado, tan íntimo, que no nos verán ni las moscas! ¡Nos iremos a un lugar tan…!

—Me parece que prefiero dártelo aquí —Brigitte se puso en pie, se acercó a Minello, le tomó el rostro entre las manos, le hizo bajar

la cabeza, y lo besó en los labios, dulcemente—. Hasta la vista, Frankie. Adiós, caballeros.

Brigitte Montfort salió del despacho, y cuando hubo cerrado la puerta tras ella, Moses Clay y Miky Grogan volvieron la mirada hacia Minello, que continuaba en la misma postura, como si estuviese recibiendo el beso, los labios adelantados, expresión de éxtasis, actitud de estatua.

—¿Está vivo? —preguntó Moses.

—Sí, por desgracia —asintió Grogan—. Estaría mucho mejor disecado, desde luego.

—A decir verdad —lanzó Moses Clay—, Frankie tiene reacciones poco inteligentes. En cuanto a su aspecto físico general, yo diría que tiene cierta similitud muy notable con la de un simio prehistórico de los más feos.

—Completamente de acuerdo, Moses.

—Tiene la frente estrecha, los ojos pequeños, la nariz grandota…

—Visible todo ello desde mil millas. Es horrendo, en una palabra —sentenció Grogan.

Los ojos del atlético y atractivo Frankie se volvieron de pronto hacia los dos hombres, mostrando una lucecita perversa, maligna de verdad.

—Cochina envidia —deslizó, sonriente—. ¡Cochina y puñetera envidia es lo que me tienen los dos, porque Brigitte me ha besado a mí! ¿Y saben por qué me ha besado a mí?

—¿Por qué? —masculló Grogan.

—Porque yo soy un buen muchacho, y porque ella es un ángel… ¡Es un ángel tan ángel, que estoy seguro de que puede volar aunque no tenga alas…!

## Capítulo II

El avión procedente de México tomó tierra en una de las pistas del aeropuerto internacional de Ciudad Rosario, en Costa Rosa, América Central. Casi cabía preguntarse cómo era posible que hubiese personas interesadas en visitar Costa Rosa. Era un pequeño país centroamericano, metido como una cuña entre Moragua, Honduras y Nicaragua, con grandes montañas hacia el interior y bellas playas al Pacífico. Posiblemente, el turismo en estas bellas playas de arenas rosadas era lo único que podía justificar la llegada de extranjeros, en grandes aviones, procedentes de todos los puntos de las Américas. Un turismo al que se estaba dando toda la importancia que merecía, construyendo grandes y fabulosos hoteles a lo largo de toda la costa del país. Por lo demás, no parecía que Costa Rosa pudiera tener importancia alguna en el mundo. Un pequeño país al sol, eso era todo.

—Un sol tremendo —comentó uno de los pasajeros recién llegados a Ciudad Rosario, la capital de Costa Rosa—. No me sorprendería que con tanto sol incluso pudiésemos enfermar. ¿No está usted de acuerdo, señorita Montfort?

—Pues no, la verdad —sonrió la pasajera que tenía todavía pasmados a los componentes del vuelo 307 procedente de Ciudad México.

—¿No? —se sorprendió el hombre.

—No. El sol me encanta, así que no lo considero tremendo, sino maravilloso. ¿Usted no, de verdad?

—Ejem… Bueno, bien mirado…

—Yo creo que lo mejor es no mirarlo de ninguna manera: el riesgo de quedarse ciego, sí es cierto.

—Sí… ¡Je, je! Eso quería decir…

—Sin embargo, el sol, en dosis prudentes, es altamente beneficioso, no sólo para el ser humano en su aspecto físico, sino en

todos los órdenes. Por ejemplo, el sol es el que ha conseguido que yo tenga este tono de piel… Aunque, claro, a usted quizá no le guste el tono de mi piel, señor Suárez.

—¿Cómo que no? —Respingó el hombre—. ¡Ya lo creo que me gusta el tono de su piel!

—Ah. Muy amable. Pues, como le decía, se lo debo al sol. Y además, usted ya debe saber que, si no fuese por el calor del sol, nos moriríamos todos, ¿verdad? ¡Y eso es peor que cualquier pequeña molestia que el pobrecito sol nos pueda proporcionar! Aparte de que, como ya le digo, todo hay que saber utilizarlo. Por ejemplo, la penicilina… ¿Qué opina usted de la penicilina y sus derivados?

—Caray, pu… pues que… que es formidable… ¡Formidable!

—Estamos de acuerdo. Sin embargo, habrá usted oído decir que algunas personas han fallecido al recibir una inyección de penicilina, o de cualquier otro antibiótico. ¿Es culpable la penicilina?

—Pues…, pues…

—Yo digo que no.

—¡Claro que no! —Apoyó el señor Suárez.

—Celebro comprobar que seguimos estando de acuerdo —casi rió la bellísima pasajera—. Más bien se diría que el culpable es el paciente, o, mejor aún, el médico, por no efectuar un reconocimiento del paciente para asegurarse de que no es alérgico a los antibióticos. En todo caso, el nocivo no es el antibiótico, ya que ningún mal puede hacer si las personas que no pueden asimilarlo, no lo utilizan… ¿Qué dice usted a esto, señor Suárez?

—¡Yo digo que estoy de acuerdo con usted!

—Entonces, repita conmigo: el sol es hermoso y benéfico.

—El sol es hermoso y benéfico.

—Gracias, señor Suárez. Si dispongo de algún tiempo libre, tendré mucho gusto en visitarle en la dirección que consta en su tarjeta. Mientras tanto, muchas gracias por todas sus atenciones durante el viaje, y le recomiendo que tome el sol… en la medida conveniente. ¿Cuántos años tiene usted, si no es indiscreción?

—Oh, pues… Bueno, cuarenta y… Bien… Tengo cincuenta y seis.

—Admirable sinceridad —rió ya decididamente Brigitte—. Le

diré una cosa: si usted comiese menos grasas, bebiese menos alcohol, y tomase más el sol, estaría más esbelto, más juvenil, más atractivo y, sobre todo, mucho más interesante desde el punto de vista femenino.

—¿De verdad lo cree usted así?

—Estoy convencidísima… Oh, ya vienen a recogerme. Hasta otra, señor Suárez. Y no olvide tomar el sol.

—No lo olvidaré, no…

El señor Suárez se quedó mirando, boquiabierto, las más esbeltas, elegantes y atractivas piernas femeninas que había visto en su vida. Y su mirada fue subiendo, subiendo, subiendo… Parecía imposible, pero acababa de conocer a la mujer más hermosa del mundo, estaba seguro de ello. Tan elegante, tan culta y simpática… A decir verdad, el tipo de mujer al que pertenecía la señorita Montfort jamás había formado parte del círculo social e incluso humano en el que se deslizaba la vida del señor Suárez. Era como haber tenido un sueño, simplemente.

Quizá por eso, el señor Suárez palideció y se sintió muy triste cuando vio al hombre que se acercaba a la señorita Montfort: un tipo de estatura más bien escasa, ligeramente gordito, de cabellos negros y ojos aún más negros, diminutos… Pero, seguramente, el sujeto aquél, debía estar forrado de dólares… ¡Puerca vida! A un cerdo le basta tener dinero para comer flores, si quiere: le basta pagarlas… Esto sí que era tremendo, así que el señor Suárez, con buen criterio, decidió ocuparse de sus asuntos y dejar a la señorita Montfort con los suyos…

—Hola, Simón —sonreía en aquel momento Brigitte—. ¿Hace mucho que no llueve?

—Siglos. Pero puedo conseguirle una hermosa lluvia si lo desea.

—Divertida contraseña —rió Brigitte—. Y necesaria, ya que no parece usted norteamericano. Bueno, quiero decir partiendo del supuesto de que los chicos de USA son más altos, más delgados, y menos morenos.

—¿A cuáles chicos USA se refiere usted? ¿A los de las reservas indias?

Por un instante, Brigitte Montfort quedó verdaderamente pasmada. Luego, se echó a reír.

—Es una de las respuestas más incisivas que he recibido en mi

vida, Simón.

—Espero no haberla molestado.

—¡De ninguna manera! A mí, las personas que piensan cosas inteligentes no me molestan, digan lo que digan. Quedamos, pues, en que usted es todo un chico USA; del mismo modo que lo son los pieles rojas y los muchachos altos y sonrosados que descienden de los que llegaron de Holanda, pongo por caso, hace doscientos años.

—Doscientos años de historia ya, en los Estados Unidos —meditó Simón, haciéndose por fin cargo de la maleta de Brigitte—. Supongo que debemos tener profundamente impresionados a los descendientes de los incas, pongo por caso.

De nuevo rió la espía internacional. Por supuesto, Simón ni siquiera había sugerido la posibilidad de llevar él aquel gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas, de modo que Brigitte continuó sosteniéndolo en su manita izquierda; mientras con la derecha se tomaba del brazo del jefe de la CIA en este país hasta que el avión que transportaba a Baby tomó tierra; automáticamente, ese mando había pasado a la divina espía.

Tres minutos más tarde, todavía riendo Brigitte de las últimas manifestaciones de Simón sobre América y los americanos, partían hacia Ciudad Rosario en el coche que Simón había alquilado para poner a disposición de Baby. La capital distaba solamente siete kilómetros del aeropuerto, y en menos tiempo del necesario para recorrer ese trayecto, debían quedar de acuerdo.

—Entonces —preguntó de pronto Brigitte—, ¿qué es lo que pasa exactamente?

—¿Viene en blanco? —se sorprendió Simón—. ¿No le han dicho nada en Washington?

—Ni siquiera he pasado por Washington. Mi jefe de sector me dijo que en Costa Rosa se estaba provocando un terror psicológico, fundamentado en una inminente invasión, y como eso me sugirió inmediatamente un enfrentamiento armado entre dos países, tomé el primer avión hacia. Ciudad México, y luego el primer vuelo a Costa Rosa. No sé nada más.

—Pero sabe lo suficiente para intervenir, ¿no es así?

—Digamos que pienso hacer lo posible por impedir ese enfrentamiento armado… ¿Qué país piensa invadir Costa Rosa?

—No lo sabemos.

—¿Cómo que no lo saben? —se sorprendió Brigitte.

Simón, atento a la conducción del coche por la amplia carretera bordeada de palmeras, encogió los hombros.

—Costa Rosa está entre Honduras, Nicaragua y Moragua… Teóricamente, cualquiera de estos tres países puede ser el futuro invasor de Costa Rosa. Si usted me preguntase mi opinión personal, le diría que sospecho de Moragua. Pero no vamos a guiarnos por una opinión personal, ¿verdad?

—No. Explíqueme el asunto desde el principio.

—Bueno, es muy simple. Hay una emisora clandestina móvil, desplazándose por todo el país, y por medio de la cual están causando el terror psicológico en la gente de Costa Rosa. Desde esa emisora, un sujeto que se hace llamar Bélico advierte a todos los costarosenses de la invasión inminente, y de todas las calamidades que esa invasión va a acarrear al pueblo de Costa Rosa.

—¿Y ese sujeto, Bélico, dice los motivos por los que el país para el que trabaja quiere invadir Costa Rosa?

—No. Se ignora qué país y por qué quiere efectuar la invasión. Sea cual sea, la conseguirá o no, pero a cada día que transcurre los costarosenses están más y más aterrados. Yo creo que Bélico está ganando la guerra por anticipado; cuando los soldados de su bando entren en Costa Rosa, ya tendrán ganada la guerra, pues la gente del país está tan aterrada que no opondrá resistencia alguna.

—Es decir, que están usando el terror psicológico como arma. Digamos, como método de disuasión de la preinvasión.

—Exactamente. Un arma como otra cualquiera…, aunque yo diría que está causando más impacto que las armas convencionales. ¿Le gustaría escuchar la grabación de uno de los… «programas» de radio del amigo Bélico?

—Por supuesto que sí.

—En la guantera —señaló un instante el espía.

Brigitte sacó de la guantera un pequeño magnetófono a pilas, en el cual estaba ya colocada una *cassette*. Lo puso en marcha, y desvió la mirada hacia su derecha, hacia el mar, que refulgía azul intenso más allá de la ancha línea de palmeras. Al frente, se divisaban ya, desde la pequeña elevación ondulada de la carretera, las blancas casas de Ciudad Rosario, cuya población no debía ser superior a las doscientas mil personas… De pronto, del magnetófono brotó una

música marcial, una especie de marcha. Brigitte miró vivamente a Simón, pero éste captó el gesto y movió negativamente la cabeza, mientras decía:

—No. No es ninguna marcha militar conocida.

Brigitte hizo un gesto de asentimiento. La música continuó durante unos segundos más. De pronto, fue sustituida por una voz masculina, profunda, bien timbrada, agradable. Una voz firme, de tono que parecía contener risa, un profundo gozo quizá:

> *—Costarosenses: estáis destinados a sufrir la invasión que terminará con todos vosotros y con vuestro país. Cuando la invasión haya terminado, Costa Rosa sólo nos servirá de basurero, y todos vosotros seréis los cerdos que comerán esas basuras. Esto los que hayáis quedado con vida o útiles para el trabajo, porque es nuestra intención matar y mutilar al mayor número de costarosenses posible. Para ello, nuestra invasión constará de una primera fase bacteriológica, que aniquilará no menos del diez por ciento de la población, y ocasionará taras físicas definitivas al resto. Esas taras físicas, como la ceguera, la caída del cabello, parálisis locales, pérdida de toda la dentadura, y otras degeneraciones que todavía están en estudio, como la impotencia sexual y en muchos casos la esterilidad, servirán en adelante para distinguir en todo el mundo a los costarosenses, y especialmente a los que, pese a nuestra inminente invasión, todavía queráis permanecer en el país. El proceso de degeneración a que vais a ser sometidos, en esta primera fase, ha sido estudiado a fondo por nuestros estrategas y científicos. Están calculando que no menos de quinientos mil de vosotros vais a sufrir esas taras físicas. Como es natural, después de la destrucción que vamos a causar en todo vuestro territorio, harán falta esclavos que trabajen en la reconstrucción, y esos esclavos seréis vosotros. Bien entendido que de Costa Rosa no quedará nada. Y cuando decimos nada, significa NADA. Las familias serán separadas, los ancianos y demasiado enfermos, eliminados, y los hijos que tengan servirán de desahogo sexual a nuestros soldados, y los hijos que tengan en el futuro serán llevados a la Casa de los Esclavos, donde serán educados desde el primer momento para servirnos a nosotros, a vuestros amos… Muy pronto, volveré a informaros sobre vuestro trágico y repugnante destino. Mientras tanto, es inútil que tratéis de localizar mi emisora*

*móvil, con la que estamos interfiriendo vuestros sistemas de emisión: es demasiado rápida para vosotros, y nuestros medios técnicos superan, en todo, a los vuestros. Mi nombre es Bélico. Hasta pronto, basura.*

Brigitte detuvo la marcha del pequeño magnetófono, y encendió un cigarrillo. Simón detuvo el coche fuera de la carretera, en un lado del pequeño camino que había tomado, y que parecía conducir al mar, a la cercana playa.

Se volvió a mirar directamente a Brigitte.

—¿Qué le ha parecido?

—Bélico tiene una hermosa voz —sonrió fríamente Baby.

—Sin duda —sonrió también Simón—. ¿Qué me dice de sus amenazas?

—Impresionantes.

—Ya sé que no lo son para usted, pero sí para la gente de Costa Rosa. Como es lógico, el gobierno está lanzando una campaña antiterror, pero todos sabemos que no está consiguiendo nada. Todavía hay grabada otra emisión de Bélico, si quiere oírla.

—Oh, sí. ¿Cuántas emisiones ha efectuado?

—No sabemos exactamente. Nosotros hemos grabado las dos últimas. La primera ni siquiera trascendió… Quiero decir la primera emisión hecha por Bélico. La segunda fue breve… No se le dio demasiada importancia. Luego, antes de que nosotros nos tomásemos en serio el asunto y dejásemos de pensar que era una maniobra del gobierno, o de alguna guerrilla, ya habían sido emitidos cuatro o cinco programas más, siempre, desde luego, interfiriendo las emisiones nacionales. En fin, que hemos grabado las dos últimas.

—¿Le parece a usted posible que una emisora móvil pueda interferir en la emisión de los programas emitidos por Radio Nacional, es decir, que esa emisora sea más poderosa que la del país?

—Nosotros podríamos conseguirlo.

—¿Nosotros? ¿Quiere decir la CIA?

—Sí.

—Entiendo… Eso quiere decir que, en su opinión, también pueden conseguirlo otras personas.

—Evidentemente.

Brigitte hizo un gesto de asentimiento y volvió a poner en marcha el magnetófono. Se oyó la música marcial, luego unos segundos de silencio, la marcha militar, y, de nuevo, la voz del hombre llamado Bélico:

> *—Costarosenses: hay un cambio de planes en los altos niveles de nuestros mandos qué os afectan directamente. Como recordaréis, os estábamos preparando la trampa mortal del virus, pero, tras profundas reflexiones, se ha llegado a la conclusión de que la utilización de diversos virus no es conveniente para nosotros. Y digo para NOSOTROS, no para vosotros. Vosotros sólo sois carne de matadero, no nos interesáis en lo más mínimo en cuanto a vuestra supervivencia se refiere. Pero a NOSOTROS sí nos interesa que haya muchos supervivientes, pues de otro modo no podríamos disponer de esclavos para el futuro, es decir, para cuando vuestro país haya sido absorbido por nuestra invasión. Estad tranquilos. No utilizaremos los virus más que en caso de que vuestra actitud, a la llegada de nuestras tropas de invasión, no sea la adecuada. Si lo es, respetaremos las vidas de aquellos de vosotros que todavía puedan sernos útiles y, además, implantaremos una nueva legislación sexual en el país, siempre con vistas a tener una población activa a nuestro servicio. Lo primero que haremos será eliminar sistemáticamente a TODAS LAS PERSONAS que hayan rebasado la edad de la productividad y, naturalmente, a todos aquellos que estén enfermos o que, por una causa u otra, no puedan convertirse en esclavos de alto rendimiento. Acto seguido, la nueva legislación sexual regulará las vidas de todos vosotros: vuestras madres, esposas, hijas, hermanas…, todas las mujeres en condiciones de gestar niños sanos, serán ofrecidas como recreo a nuestros soldados, hombres fuertes y de grandes cualidades, que sabrán engendrar los hijos esclavos que nosotros necesitaremos en el futuro. Alegraos, pues, costarosenses, y celebrad nuestra magnanimidad, gracias a la cual vuestros enfermos y ancianos serán eliminados, y dejaréis de tener molestias con ellos, y todas vuestras mujeres conocerán, por fin, hombres de verdad, y podrán así acceder al placer sexual que vosotros no sabéis proporcionarles. Dentro de poco tiempo, vosotros, los costarosenses, tendréis el privilegio de ser el país más depurado del mundo, el de raza más saneada, el de esclavos más fuertes de toda la historia de la*

*Humanidad. Estad preparados: pronto llegaremos. Saludos de vuestro futuro amo y señor, Bélico. Hasta pronto.*

Inmediatamente, se oía de nuevo la marcha militar, que duró quince o veinte segundos. Luego, el silencio. Simón había parado el motor del coche, así que pudieron oír el fino siseo de la cinta al pasar en el vacío. Brigitte detuvo entonces la marcha del aparato, y se lo entregó a Simón, alzando las cejas.

El agente de la CIA negó con un gesto.

—No, no —explicó a la vez—; es para usted. Bueno, si le parece peligroso llevar encima una grabación efectuada por nuestros servicios especiales…

—Claro que no. Al contrario, irá muy bien para mis planes.

—¿Qué planes? —se sorprendió Simón.

—Los de introducción en este asunto.

—Pero si usted dijo que no sabía en qué consistía este asunto…, ¿cómo ha podido preparar plan alguno?

—No lo sabía cuando llegué, pero usted me ha informado.

Durante unos segundos, Simón estuvo verdaderamente pasmado. Luego, exclamó:

—¿Quiere decir que ha hecho algún plan, después de escucharme a mí y este par de grabaciones? ¿Quiere decir que ha hecho un plan de acción en menos de un minuto?

—Naturalmente.

—Demonios… ¡Demonios, demonios y demonios!

—No tiene por qué asombrarse tanto —sonrió Brigitte—. Ya verá como le parece un plan facilísimo… Veamos, ¿qué es lo primero qué hemos de hacer para vencer a un adversario?

—Mmm… Vaya… ¡Demonios, no lo sé! ¡Se pueden hacer tantas cosas…!

—Yo creo que, si no conoce al adversario, no podrá hacer ninguna cosa, Simón.

—¡Claro…! Eso significa que lo primero que usted quiere hacer es conocer al adversario… ¡Demonios! ¡No podrá conseguir eso!

—¿Por qué no?

—Bueno, realmente podemos estrechar el cerco en torno a la emisora de Bélico, y sé que acabaríamos por localizarla en uno de sus momentos de emisión, pero si verdaderamente esa emisora tiene una gran movilidad, la cosa va a llevar tiempo, no será fácil ni

barata, y además…

—Vamos a localizar a Bélico muy pronto, sin molestias de ninguna clase, y por procedimiento barato. ¿Cuántos periódicos verdaderamente importantes calcula usted que hay en Costa Rosa, Moragua, Nicaragua y Honduras?

—Mmmm… La verdad, periódicos importantes no creo que…

—Me refiero a importancia relativa. No quiero, es decir, no pretendo que en Guatemala, por ejemplo, hayan periódicos de la importancia del New York Times, pero sí habrá un periódico de importancia nacional que, relativamente, estará a la altura del New York Times. Cómo, por ejemplo, el Correo del Sol, de Moragua.

—Entiendo. Bien, en ese caso, puedo citarle varios periódicos, desde luego. Pero no creo que las noticias que aparezcan en ellos sobre este asunto puedan servirle a usted mejor que mis informes.

—¡Eso ya lo sé! —exclamó Brigitte—. Y no es información lo que estoy buscando, Simón. Al contrario, seré yo quien va a proporcionar información a esos periódicos.

—¿Qué clase de información? —se alarmó Simón.

—Si quiere saberlo, tendrá que comprar esos periódicos… Oh, pero no. Inevitablemente, va a enterarse de todo ahora, porque le voy a entregar una nota que usted cursará hacia todos nuestros compañeros adecuados para que ellos se encarguen de publicarla en las secciones de anuncios de esos periódicos.

—¿Cuál nota? ¿Dónde está?

—Pero, hombre, no sea impaciente —rió la divina—. ¡Deme tiempo a escribirla!

—Sí, claro… ¡Bueno, pues escríbala!

Brigitte Montfort sacó de su maletín una libretita de tapas negras, flexibles, que llevaba un pequeño bolígrafo de oro en el lomo. En una hoja escribió el anuncio, sin detenerse demasiado a pensarlo. La arrancó y la tendió a Simón, que la tomó ávidamente. El hombre de la CIA leyó la nota y, de momento, quedó estupefacto; luego, se echó a reír.

—¡Mi madre…! —exclamó—. ¡Usted no es sólo la chica más preciosa del mundo, sino también la más simpática y divertida…, se lo juro!

# Capítulo III

No sólo era fea, sino que a ningún empleado del Golden Beach Palacio le caía bien. El Golden Beach Palacio, uno de los mejores hoteles de Ciudad Rosario, no estaba de enhorabuena, precisamente, al tener alojada en una de sus más lujosas *suites* a aquella mujer más bien gorda, fea y antipática.

Y hombruna.

Se llamaba Margarita Cervantes. Debía tener alrededor de cincuenta años, vestía como si fuese un sargento de infantería o poco menos, y tenía casi tanto bigote como pudiera tener el más bizarro de los sargentos. Ojos pequeños, lentes grandes, cabellera grisácea siempre mal peinada, boca que pintaba de modo horrendo, maquillaje de alto preció y calidad, pero pésimamente aplicado, modales bruscos, genio insoportable… A decir verdad, nadie en el Golden Beach lloraría el día que la señorita Cervantes decidiese abandonarlo…

Y además de lo desagradable que era, estaba lo del anuncio. ¡La muy…! ¿Cómo podía tomarse con aquella indiferencia, o peor aún, con aquella frivolidad, una situación tan terrible como la que estaba pasando Costa Rosa? ¡Las autoridades tendrían que haber expulsado del país a aquella mala p…!

Pero no. A pesar del anuncio que había puesto en «Voz del Pueblo», allá seguía, instalada en uno de los mejores hoteles del país, en la capital, tan ricamente, bebiendo de los mejores champañas, exigiendo caviar persa, los mejores camarones recién pescados y, por supuesto, langosta. El primer día, cuando pidió «Perignon» del 55 y le dijeron que esa clase de importaciones no llegaba a Costa Rosa, había organizado el gran alboroto, exigiendo a gritos que le sirviesen en el acto una botella fría del magnífico champaña francés, lo cual era sencillamente imposible, por la sencilla razón de que Costa Rosa no tenía relaciones comerciales

con Francia… ¿Y qué había dicho la vieja gorda y repugnante?: «¡Pues inicien las relaciones ahora mismo, estúpidos ignorantes…! ¿Cómo puede un país llamarse civilizado si sus dirigentes ni siquiera han pensado en importar champaña francés? ¿En qué están pensando?».

Sí.

La «señorita» Cervantes había sabido ganarse rápidamente la antipatía de todo el personal del hotel. Pero allá seguía, en lugar de ser expulsada a puntapiés en el trasero a Estados Unidos, de donde procedía, según su pasaporte. Claro, descendiente de latinoamericanos, pero ciudadana americana. ¡La muy bigotuda…!

¿Y lo del anuncio en los periódicos? ¡Esa era ya la gran cerdada de la cerda Margarita Cervantes! Nada menos que había hecho publicar, en varios periódicos de Centroamérica, el texto siguiente, en la sección de anuncios:

---

«**PRODUCTORA CINEMATOGRÁFICA DE HOLLYWOOD** busca, para importante contrato en exclusiva, al autor de la marcha militar que utiliza Bélico en sus emisiones clandestinas en Costa Rosa. Se pagará espléndidamente a quien posibilite, este contacto. Dirigirse a: Margarita Cervantes. Golden Beach Palacio, Ciudad Rosario, Costa Rosa.»

---

Pero las cosas no le estaban saliendo bien a la gorda y, repugnante Margarita, desde luego. Ni le saldrían bien. ¿Cómo podía ser tan cretina de pensar que el autor de la marcha del criminal Bélico se atreviese a ponerse en contacto con ella…?

¡Así le sirviese de veneno la botella de champaña que se estaba bebiendo junto a la piscina, instalada como una reina…! ¡Maldita bruja!

Todo esto lo iba pensando el camarero que, finalmente, llegó ante la mesa ocupada por la señorita Cervantes, y mostró en alto el teléfono que portaba en las manos.

—Llamada para usted, señorita Cervantes… ¿Lo conecto?

La bigotuda mujer le dirigió una sarcástica mirada.

—¿Le parece que yo podría recibir esa llamada, si no conectase el teléfono, ignorante? —espetó.

—No… Claro que no.

—¡Entonces, conéctelo y no diga tonterías!

—Bueno, yo no sabía si usted admitiría…

—¿Para qué se piensa que estoy en este hotelucho infecto y lleno de ratas? ¿Para disfrutar de la vida? ¡Estoy esperando precisamente que alguien me llame! ¿Es que no lo sabe usted?

—Sí… Sí, desde luego.

—¡Pues conecte el teléfono de una maldita vez!

—Sí —tragó saliva el hombre—. Sí, enseguida…

El camarero conectó el aparato al enchufe de la mesa, y se quedó mirando a la señorita Cervantes, todavía servicial.

—¿Qué mira? —aulló ella—. ¿Acaso no tiene nada mejor que hacer? ¿O espera que le dé una propina sólo por cumplir su obligación de servir a un cliente? ¿Espera, quizá mil dólares por haber conectado un teléfono?

—No… —jadeó el hombre—. No, señorita.

—¡Pues aléjese de aquí! ¡No le interesa lo que yo tenga que hablar por teléfono!

El hombre estaba pálido. Dio media vuelta y se alejó, cerrando los ojos un instante. Y entonces, en su imagen mental, se vio a sí mismo estrangulando a Margarita Cervantes…, la cual, en aquel momento, gritaba por teléfono:

—Yo soy Margarita Cervantes. ¡Diga!

—¿…?

—¡Ya le he dicho que soy yo! ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—…

—Ah. Bien, por supuesto —la gorda y fea se calmó de pronto—. Pagaré espléndidamente cualquier información en ese sentido.

—…

—Entiendo. Me parece lógico, sí. Dígame, entonces, dónde y cuándo le parece prudente para usted.

—¿…?

—No, no sé dónde está ese lugar, pero lo sabré, no se preocupe. ¿Día y hora?

—…

—De acuerdo.

—¿…?

—Amigo, no se preocupe por eso; si sus informes son resolutivos, usted tendrá su buena propina. Yo soy una persona seria, y cuando digo que pagaré espléndidamente es que así lo haré: De modo que quede tranquilo; al respecto.

—…

—¡Naturalmente que iré sola! Oiga, ¿qué se cree, que soy una doncella llorona? ¡Yo no le tengo miedo a usted ni a nadie!

—…

—Pues no hay más que hablar. Hasta luego.

Colgó el auricular de un manotazo, se quedó mirando hacia la piscina, desde donde era contemplada por algunos bañistas, y luego alzó la mirada de sus oscuros ojos hacia el mar, por encima de la piscina. Hacía una tarde espléndida, refulgente de sol, azul el mar, con una bandada de enormes gaviotas de blanquísimo vientre como suspendidas sobre las rosadas arenas… Margarita Cervantes pareció sonreír un instante, pero, acto seguido, se encajó un veguero entre los blanquísimos dientes, y lo encendió. Su mirada bajó; localizó a la joven pareja que la contemplaban como fascinados desde la mesa vecina, y una tormenta de cólera apareció en sus pupilas.

—¿Qué miran? ¿Nunca han visto a una dama fumando? ¿Acaso tengo la cara verde? ¿O tengo tres ojos? ¿Eh? ¿Qué diablos miran?

La pareja de jóvenes corría ya hacia la piscina, en cuyas aguas se zambulleron. De modo que no pudieron ver la fugacísima sonrisa en los torpemente pintados labios de Margarita Cervantes.

* * *

Detuvo el coche, hizo la señal con los faros, y apagó todas las luces y paró el motor. Entonces, bruscamente, se sintió como sumergida en un pozo de silencio, por unos segundos. Luego, sus oídos captaron el rumor del oleaje en la cercana playa, sobre la que parecía navegar una hermosa luna de color rojizo.

«No puedo pedir más —pensó la gorda Margarita—; este sitio es precioso para morir».

Salió del coche, que había dejado entre las palmeras del borde del camino que se adentraba hacia la playa, y comenzó a caminar

hacia ésta. Una sonrisa apareció en sus labios cuando captó de lleno el chasquido de las olas. Sí, señor; morir junto al mar ya era un pequeño consuelo. Aunque, realmente, esto le parecía una tontería. Se podía tener consuelo si en lugar de amputarle a uno los dos brazos le amputaban uno; esto tenía sentido. Pero… ¿qué consuelo puede tener quien pierde la vida? Porque, a fin de cuentas, vida ya no hay otra. Si perdemos la vida, no nos queda otra, como quedaría otro brazo. O al menos, no queda una vida como la que está concebida la vida normalmente. En cuanto a la posibilidad de haber vivido antes, de haber estado «dentro» de otro cuerpo…, ¿quién lo sabe realmente? Si fuese verdad, siempre quedaría algún recuerdo de la encarnación anterior. Pero no. Nadie recuerda su encarnación anterior, salvo hombres capaces de ver dentro de sí mismos, de viajar mentalmente hacia atrás en busca de sus cuerpos ya muertos…

—¿Señorita Cervantes?

Margarita ni siquiera reaccionó cuando la voz sonó a su derecha, entre unos arbustos y un par de palmeras. Simplemente, miró hacia las sombras de aquel lugar en la pequeña Cala Serpientes, y asintió con un gesto.

—Sí, soy yo —dijo.

—¿Viene sola? —Llegó de nuevo la voz.

—No, hombre; me acompaña mi abuela.

La figura de un hombre destacó entre los arbustos, a la rojiza luz lunar. El sujeto salió al sendero, y se detuvo delante de Margarita. Era más bajo que ella, y con una corpulencia que podía calcularse en la mitad.

—Es usted demasiado ruda para ser lo que dice ser —murmuró el hombre.

—Yo no he dicho nada en concreto, amigo mío… ¿Cuál es su nombre?

—Sebastián.

—De acuerdo, Sebastián. Vamos a dejarnos de tonterías: yo quiero ver a Bélico. ¿Dónde está?

—¿A Bélico? Pero su anuncio…

—Oiga, imbécil, ¿por quién me toma? Tengo proposiciones que hacerle a Bélico, no a su músico, que el diablo se lleve. ¿Está claro?

—¿Qué proposiciones quiere hacerle a Bélico?

—¿Es usted?

—¿Yo? ¡Claro que no! —rió Sebastián.

—Entonces, cierre la boca, vamos al coche, póngase al volante y vamos a ver a Bélico. Eso es todo.

—¿Va usted armada?

—No.

—Bueno, habrá que comprobarlo, señorita Cervantes.

—¿Sí? ¿Y de qué modo? Porque si está pensando en meter sus manos en mi cuerpo, olvídelo. Si acerca una mano a mis pechos, le voy a dejar manco de un mordisco, amiguito. Además, de media bofetada puedo romperle todos los dientes, enano.

Sebastián no contestó, de momento. Se limitó a emitir un suave silbidito. Al instante, aparecieron dos hombres más, que no eran, desde luego, enanos, y que, además, empuñaban sendas pistolas.

—Tiene usted la boca muy grande, señorita Cervantes —dijo reposadamente Sebastián—. Casi tan grande como sus tetas…, las que por cierto vamos a tocar, quiera usted o no. Puede estar bien segura de que verá a Bélico, porque sentimos interés por usted; pero, desde luego, no llegara allá sin que antes la hayamos registrado a conciencia. Y si se pone tonta, incluso podemos violarla, para tener algo de qué sentir repugnancia el resto de nuestras vidas. ¿Está todo claro?

—Muy claro, enano.

—Registradla —dijo secamente Sebastián—. Sobre todo, precisamente entre las tetas. Puede llevar una pistola ahí.

—Pero violarla, la va a violar tu padre… —Gruñó uno de los recién aparecidos—. Yo no tengo ganas de vomitar esta noche.

—Pues yo sí —rió el otro—. De cuando en cuando, va bien subir a caballo… ¡Ji, ji, ji…!

La risa, desde luego, se le quedó entre los dientes, aplastada allí por la patada que le propinó Margarita. Una increíble, pasmosa, alucinante patada circular en *mawashi geri*, que pareció dividir en dos el grueso cuerpo de Margarita, al alzar la pierna a una altura que demostraba mucha mayor agilidad de la que pudiera admitirse en su cuerpo. El ataque de la gorda bigotuda fue realmente tan espectacular, tan increíble, que Sebastián y el otro quedaron pasmados, mientras su compañero caía de espaldas merced al terrible golpe que hizo papilla su dentadura.

Sebastián salió del pasmo, pero no el otro, que antes de que pudiese reaccionar recibió en plena sien izquierda un seco y fortísimo *ura ken,* que le llegó cuando Margarita, describiendo un arco para equilibrarse tras la patada, quedó junto a él, de costado; su puño derecho salió lateralmente, golpeó con el dorso en la sien del hombre y éste se desplomó, fulminado, sin sentido, cuando todavía el otro estaba cayendo, salpicando su alrededor de dientes rotos.

Sí, Sebastián salió del pasmo, y sacó su pistola rápidamente. Fue entonces cuando una mano que a él le pareció una tenaza se cerró en su muñeca, el brazo le fue torcido hacia atrás y arriba en un fortísimo *ude garami* que hizo crecer su codo, y cuando lanzando un alarido de dolor dejaba caer la pistola, recibió un rodillazo en los testículos que lo hizo saltar como un conejito para caer de rodillas y cara al suelo, semidesvanecido.

Todavía pudo Sebastián oír, como lejano, otro crujido, pero no supo a qué fue debido…, no pudo ver cómo su compañero de los dientes rotos, que había saltado a la espalda de Margarita, recibía el primero el tremendo pisotón *kakato* en su pie derecho con el zapatón de la gorda; no pudo ver que su compañero, debido al dolor, aflojaba la presión de sus brazos en torno al pecho de Margarita, y que ésta, zafándose hacia abajo, lo asía con las dos manos por la ropa del pecho, flexionaba las piernas, sacaba la cadera derecha, y, pasándose al hombre sobre ella en impecable *tsuri komi goshi,* lo lanzaba contra una de las palmeras. Allí, el cuerpo del hombre crujió e hizo crujir la palmera, antes de caer al suelo como muerto.

Fin.

La siguiente secuencia del alucinante filme encontró a Sebastián puesto en pie de un tirón por las manos de la gorda, una de las cuales lo soltó y golpeó por dos veces en su rostro, con una potencia alucinante. Eran bofetadas capaces de romper, realmente, la cara del pobre Sebastián que, como de lejos todavía, oyó la voz de la gorda, sorprendentemente amable, casi con risa:

—Despierta, amigo Sebastián; tienes que meterme las manos en las tetas.

¡Plaf!, estalló otra bofetada en la cara de Sebastián. Un gritó escapó de los labios de éste:

—¡Basta…! ¡Basta, basta!

—Tranquilo, hombre. No voy a comerte… Sólo quiero que me lleves adonde está Bélico. ¿Cuento con ello?

—¡Sí, sí!

—Pues andando, buen mozo. Y tómate las cosas con calma, o te romperé la cara. De verdad, Sebastián. *Okay? Okay*. Camina, iremos en mi coche, y verás que todo esto ha sido una tontería por parte vuestra.

—¿Qué…, qué hacemos con José y Narciso…?

—Déjalos que duerman un poco. A fin de cuentas, ya es la hora de que los niños duerman. ¡Vamos, camina!

Regresaron hasta el coche, sin prisas. Margarita llevaba de un brazo a Sebastián, y posiblemente fue eso lo que salvó su vida: a medida que se acercaban al coche, a medida que regresaban hacia la carretera, Sebastián se fue tensando, hasta que, finalmente, los dedos de Margarita lo percibieron con toda claridad.

Se detuvo en seco.

—¿Qué te ocurre que estás tan…?

Por delante de ellos, apareció la roja estrella de fuego, se oyó el amortiguado «plop», y una bala emprendió el viaje…, que terminó en el pecho de Sebastián con espeluznante «chop». El hombrecillo emitió un gemido, y se desplomó hacia atrás, ya que Margarita lo soltó para saltar a un lado, y sacar de los senos una pistolita.

Plop, chascó su pistolita hacia donde había brillado el fogonazo del otro disparo…, plop, plop, plop.

A unos quince metros, en la oscuridad de los matorrales, oyó el grito de dolor y sorpresa. Se orientó velozmente, y volvió a disparar. Se encogió cuando una bala crujió por encima de su cabeza, con seco trallazo. Rodó hacia la izquierda, buscando también la protección de los matorrales. Protección ocular, no de otra, ya que las balas podían atravesar perfectamente los matorrales. Pero, mientras no se dejase iluminar por la luna, al menos podía hurtar el cuerpo a la vista del oculto adversario.

—Mamá… Ma… má… —Le llegó a Margarita la voz de Sebastián.

Un escalofrío recorrió la espalda de la gorda. La voz de Sebastián se truncó. Ya no oyó nada. Sólo, a su espalda, el rumor del mar. Margarita agarró una piedrecilla, y la tiró hacia delante…

La oyó perfectamente al caer sobre unas matas, pero no hubo ninguna reacción. Margarita apretó los labios y permaneció inmóvil. Muy bien, si alguien pretendía enseñarle a ella a cazar de noche, se iba a llevar la gran sorpresa de su vida.

Durante diez minutos, por lo menos, permaneció inmóvil, como si fuese de piedra. Por fin, comenzó a comprender que aquella tranquilidad, aquel silencio, sólo podían ser debidos a la fuga de la persona que había disparado antes. ¿Había disparado para matar a Sebastián? No. Seguramente, había disparado para matarla o herirla a ella, al verla llegar controlando a Sebastián, y sin la compañía de los otros dos hombres. Pero si quería matarla a ella…, ¿por qué se había marchado sin conseguirlo?

La comprensión de lo sucedido fue penetrando, lenta, muy lentamente, en el cerebro de Margarita Cervantes. Y ello porque le parecía horrible la teoría que se estaba gestando en su mente: sí, la habían querido matar a ella, pero, al matar a Sebastián y esconderse ella, la lucha se le había dificultado mucho al tirador oculto. Ir por ella era arriesgar la vida, ya no era disparar a mansalva, sino jugarse tanto como lo que quería obtener. Y entonces, puesto que Sebastián estaba muerto, y ya no podría delatar a Bélico, el tirador oculto se había dado a la fuga.

Pero… ¿dejando vivos a los otros dos?

Margarita Cervantes se irguió, abandonó el escondrijo de los arbustos, y regresó junto a los otros dos hombres. Ya antes de llegar, vio el brillo de la sangre en la garganta de uno de ellos. Un instante más tarde, contemplaba el tremendo tajo que casi había separado su cabeza del cuello. El otro estaba igual, degollado brutalmente… El desconocido asesino no había querido correr el menor riesgo de que, por medio de alguno de aquellos hombres, ella pudiese llegar hasta Bélico.

«Quizá era él mismo quien estaba esperando… Quizá haya sido él mismo quien ha matado a Sebastián y asesinado a estos dos… No se puede decir que sea precisamente un valiente, desde luego».

Emprendió el regreso de nuevo hacia donde había dejado el coche. Estaba arrepentida de haber reaccionado de aquella manera con Sebastián y sus dos amigos; quizá debió dejarse llevar junto a Bélico, simplemente. Pero era más que posible que la hubieran matado… No. Lo que ella había pretendido era, precisamente, cazar

al intermediario y hacerle delatar la posición de la emisora móvil, o el modo de localizar a Bélico, así que nada de concesiones que pudieran costarle la vida. Porque, como pensaba antes, no se dispone más que de una vida, así que…

—Ma… má…

Margarita respingó, y saltó a un lado, alzando la pistola. Fue un movimiento reflejo; en seguida comprendió que Sebastián no estaba muerto, y que seguía llamando a su madre. Como tantos otros, en el momento de verdadera angustia, llamaba a su madre.

—Mamá… Ma…

Margarita se deslizó hacia donde yacía Sebastián. Quedó arrodillada junto a él. Sebastián tenía los ojos muy abiertos, llenos de luz de estrellas y del tono anaranjado de la luna. Tenía el pecho lleno de sangre, y las manos puestas sobre la herida, también llenas de churretes de sangre. Volvió la cabeza y se quedó mirando a Margarita.

—Sebastián, ¿puede oírme?

—Sí, sí —pareció cantar el herido—. La oigo muy bien, sí.

—¿Ha sido Bélico quien ha disparado? ¿Nos estaba esperando?

—No, no, no…

—¿No ha sido él?

—No, no, no…

—Pero quien haya sido quería matarlo a usted. ¿Lo comprende? Puesto que estaba usted controlado por mí, decidieron matarlo para que no dijese nada peligroso para Bélico… ¿Lo comprende?

—Sí, señora, sí… Pero no era Bélico, claro que no…

—Fuera quien fuese, le ha traicionado, no ha respetado su vida. Yo puedo llamar a unos amigos, que acudirían en seguida con un médico, Sebastián. Puedo hacer eso a cambio de que me diga dónde está Bélico, quién es él…

—No sé quién es Bélico… Yo sólo llevaba los recados del otro al hotel…

—¿Quién es el otro?

—Es el que nos estaba esperando. Él es quien quería capturarla a usted, para interrogarla, y saber quién era y qué pretendía. Es el hombre que…, que me envía siempre que tiene recados que mandar a Bélico… ¡Cuánto me duele el pecho, señora!

—¿Qué clase de recados? —Se mostró implacable Margarita.

—No sé… Pero sé que son recados importantes… Ese hombre es el que…, el que da las órdenes a Bélico…

—¿Bélico obedece órdenes de otro? ¿No sabe quién es el otro, cómo se llama o dónde está?

—No… Él viene y va, viene y va…

—¿De dónde viene?

—No lo sé… Él viene, me da el sobre, yo lo llevo al hotel, y Bélico recibe… sus instrucciones… cada tres o cuatro días…

—Pero entonces usted sabe quién es Bélico.

—No… Yo dejo el sobre a nombre de…, de Orlando Picas en…, en el hotel… y eso… es todo…

—¿Qué hotel, Sebastián?

—El hotel…, el hotel… La Galera, en…, en…

La cabeza de Sebastián colgó, de pronto, flojamente hacia un lado, y sus párpados se cerraron. Margarita puso dos dedos en un lado del cuello del hombrecillo, y percibió el lento latido. Durante un par de segundos, vaciló. Luego, fue rápidamente al coche, sacó la radio del maletín y pulsó el botón de llamada.

—¿Sí? —Se oyó en el acto la voz de Simón—. ¿Me necesita?

—No, todo ha salido bien… Es decir, ha terminado mal para dos hombres, y tengo a otro a punto de morir si no hacemos algo. ¿Puede conseguir un médico inmediatamente y venir aquí, Simón? Al lugar donde me citaron, ya sabe.

—Bueno, estoy cerca de ahí, tal como convinimos, por si me necesitaba…

—No le necesito aquí si no es con un médico.

—De acuerdo. Haré lo posible. ¿Me espera ahí?

—Sí. Pero si el hombre muere antes de que lleguen ustedes, me iré.

—*Okay*. ¿Entiendo que regresará al hotel?

—Sí, quiero recoger algunas cosas y despedirme. Margarita Cervantes se va a esfumar, eso es todo.

* * *

Margarita entró en su lujosísima *suite* del Golden Beach Palacio cuando hacía algunos minutos que habían tocado las doce de la noche en el recargado reloj del vestíbulo del hotel. Había pedido la

cuenta para «ahora mismo», con lo que los empleados del Golden Beach se consideraron seres afortunados.

La fea gorda dejó el maletín forrado de negro en una de las butaquitas de la sala de la *suite*, y pasó al dormitorios apresurada. Lo recogería todo inmediatamente, y…

—Buenas noches, señorita Cervantes.

Margarita quedó como clavada en el suelo. En uno de los silloncitos, con un cigarro apagado entre los dientes, estaba el hombre que la había saludado. Debía tener unos cincuenta años, era gordo, feo, de ojos pequeños, fríos, tan claros como el agua; su boca era apenas una raya casi blanca en el rostro bronceado. Sus lacios cabellos negros colgaban, muy largos, a ambos lados de la redonda cabezota, que a Margarita le pareció de batracio. No era tonto: mantenía las manos en alto, mostrando las palmas, evidenciando así su no tenencia de armas.

—Buenas noches… —Se rehízo al instante la gorda—. ¿Es usted de la policía?

—No exactamente. Soy Hilarión Ros, jefe del Servicio Secreto de Costa Rosa. Entiéndame, jefe a nivel de acción, no a nivel de mandos. ¿O no me entiende?

—Le entiendo perfectamente, señor Ros. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí. ¿Consiguió contacto con Bélico?

Una sorprendente sonrisa apareció en el rostro feo y bigotudo de Margarita.

—¿No lo sabe usted? ¿Qué clase de servicio secreto tiene a sus órdenes, para que se vea precisado a preguntarme a mí lo que ha ocurrido?

—Yo soy un hombre que admite las limitaciones de las diferentes clases o categorías de personas que pueblan el mundo. ¿Usted no se dio cuenta de que un coche la seguía, señorita Cervantes? Cuando se alejó del hotel, quiero decir.

—No… —rió Margarita—. ¡No me di cuenta!

—Sin embargo, usted despistó a mis hombres.

—Le aseguro que sólo hice lo que hago rutinariamente cuando acudo a una cita interesante, o sea, unas pequeñas maniobras en previsión de ser seguida por alguien. Y parece que acerté. Pero, señor Ros…, ¿por qué me seguían sus hombres?

—Oh, vamos… En cuanto apareció su anuncio en los periódicos de Costa Rosa, Moragua, Nicaragua y Honduras, comprendí que usted era un personaje interesante. Tan interesante que ni siquiera consta usted como ingresada en el país.

—¿Qué me dice usted? —sonrió Margarita…

—Que el nombre de Margarita Cervantes no consta en los servicios de control de extranjeros arribados a Costa Rosa. Sin embargo, usted está aquí y, además, provista de pasaporte a nombre de Margarita Cervantes. ¿No es asombroso?

—Un poco —admitió Margarita—. ¿Me ha estado esperando usted para pedirme explicaciones?

—Me gustaría que usted me informase voluntariamente de todas esas pequeñas cosillas que yo no consigo comprender.

—Claro. Es usted muy amable… A propósito: ¿usted sabe algo concreto sobre todo este tinglado del terror psicológico que están derrochando en Costa Rosa?

—Por desgracia, no. Pero me gustaría meterle mano a Bélico y a los demás hijos de puta que manejan esa emisora clandestina.

—¿Están consiguiendo algo positivo?

—Yo diría que la gente está ya más que asustada. Sólo conque alguien tire un petardo en medio de la calle, la estampida será general. Y en esta situación, cuando todos tenemos los nervios de punta, llega usted armando todo ese tinglado que, claro está, los… expertos hemos comprendido que era un puente para llegar a Bélico… ¿Qué sabe usted de todo esto?

—Lo mismo que usted. Pero quizá mañana… Perdone —Margarita sacó la pequeña radio del escote—. ¿Sí?

—Lo siento —sonó la voz de Simón—: ese pobre tipo ha muerto. Dice el médico que era inevitable, con esa herida. No había nada que hacer, ni aunque hubiese llegado al momento de recibir la herida. ¿Qué hacemos con él?

—¿Conoce usted a Hilarión Ros? —preguntó a su vez Margarita.

—Por supuesto —sonó sorprendida la voz de Simón.

—Llámelo mañana, dígale dónde está Sebastián y los otros dos, y eso es todo.

—Bien. Oiga: ¿cómo conoce usted a Ros, si yo no le he hablado de él?

—Soy una niña lista. Es todo, Simón. Volveré a llamar, en

cuanto me sea posible.

—¿Algo no va bien?

—No se preocupe. Hasta luego —Margarita cortó la comunicación, guardó la radio y miró de huevo a Hilarión Ros—. ¿Dónde habíamos quedado?

—Usted me decía algo sobre mañana.

—Ah, sí. Quizá mañana sepa algo, y, posiblemente, decida compartir mis informes con usted. Naturalmente si llegase el caso, cuento con su ayuda, señor Ros.

El ceño del gordo peludo se frunció.

—Me parece que usted no está entendiendo bien la situación, señorita Cervantes, o como se llame: no soy yo quien va a colaborar con usted, sino usted quien va a decirme quién es realmente, para quién está trabajando, qué pretende, quién es el hombre que la ha llamado, quién es Sebastián, dónde ha estado usted esta noche… Todas esas cosas. ¿Comprende?

—Sí, pero no pienso complacerle. Al menos, ésta noche, señor Ros. Quizá mañana. Buenas noches.

—Es usted extraordinaria. ¿Realmente pretende que me marche así, sin más?

—No. Quien se va del hotel, soy yo.

—Ni lo sueñe —rió Hilarión Ros—. Mejor dicho, sí va a salir usted del hotel, pero va a ser para venir conmigo a un lugar donde reiniciaremos la conversación…, con más garantías para mí, respecto a la obtención de respuestas. Y esta vez no despistará a nadie: mis hombres están rodeando el hotel. Como es lógico, después de que los despistó una vez, pensamos que seguramente volvería aquí, y tomamos las medidas convenientes.

—Comprendo. ¿Puedo recoger mis cosas?

—Naturalmente que sí.

Margarita fue al armario, sacó su maleta, y metió dentro sus ropas, rápidamente, pero con un orden y pulcritud dignos de sus muchos años viajando por todo el mundo, para pasmo de Ros, que se había colocado a su lado, como vigilándola. Ya todo recogido, y tras un último vistazo para asegurarse de que no dejaba nada comprometedor allí, Margarita se volvió Hilarión Ros, alzó la manita derecha hacia sus ojos, se miró las uñas como si algo la preocupase de ellas, y, de pronto, la mano salió disparada, plana y

rígida, hacia Ros. El atemi, perfecto, impecable, acertó a Ros en la barbilla, entre la punta de ésta y el labio inferior. Pareció que la cabeza del hombretón retumbase, sus ojos se pusieron en blanco, y todo el corpachón se habría derrumbado hacia atrás si Margarita no lo hubiese sujetado. Lo depositó silenciosamente en el suelo, y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se desnudó completamente, y se quitó todos los artificios que la convertían en fea, gorda y peluda.

En menos de dos minutos, Margarita Cervantes había dejado de ser tal personaje. Pero tampoco era Brigitte Montfort, ojos azules y cabellos negros, sino una preciosa muchacha de rubios cabellos, ojos verdes, cuerpo vibrante, esbelto, prieto.

Recogió todos los artificios que la habían convertido en fea, gorda y bigotuda, y los fue guardando en la maleta, incluidos los senos enormes, moldeados en plástico, que había llevado sobre los suyos. Lo último que hizo fue colocar dentro de la maleta el maletín, y forrar aquélla con una funda de color verde claro.

Salió de la *suite* tras echar un vistazo al pasillo, para asegurarse de que, después de entrar Margarita en la *suite* no había aparecido algún amigo de Hilarión Ros para vigilar. Al parecer, Ros tenía mucha confianza en sí mismo y en el cerco formado alrededor del hotel, porque no había nadie en el pasillo.

Abajo, en el vestíbulo, el empleado nocturno del hotel se quedó mirando atónito a la bellísima rubia que apareció, cargada con una maleta. El turno del hombre había comenzado a las diez de la noche, de modo que todo fue fácil para la rubia de los ojos verdes. Se acercó a él, simulando estar disgustadísima, y sin dejar la maleta en el suelo, exclamó:

—¡Me voy! Y no es que tenga nada contra el hotel, que me parece precioso, por lo que he visto desde que llegamos esta tarde… Pero ya no aguanto más: cuando regrese ese sinvergüenza, dígale que su mujercita se ha cansado de esperar a que él termine sus fugas nocturnas. ¡Ya no aguanto más! ¡Dígaselo bien claro!

—Pero, señora, ¿a quién…? —empezó a tartamudear el conserje.

La señora no le hacía caso. Con paso vivísimo, caminaba hacia la puerta…, observada con amable sonrisa por dos de los hombres que Hilarión Ros había dejado allí, con vistas a la posible fuga o intento de fuga de Margarita Cervantes.

En la calle, frente al hotel, había tres hombres más: uno dentro

de un coche, y dos, separados, controlando la salida y las luces de las ventanas…, de las cuales, la de la *suite* de Margarita Cervantes continuaba encendida, por supuesto. La rubia pasó junto a uno de los hombres que esperaban y vigilaban a pie. El hombre la miró de arriba abajo, y gruñó:

—Dime dónde me esperas, y llego antes del amanecer.

—¡Estúpido!

El hombre soltó una risita. La, rubia desapareció de su vista segundos después, y el hombre volvió a mirar hacia la fachada del hotel y luego hacia el coche de Margarita Cervantes. ¡No sería a él a quien se le escapase aquella gorda bigotuda…!

# Capítulo IV

Así son las cosas de la vida.

El Golden Beach Palacio había tenido la desdicha de tener alojada en una de sus *suites* a una persona en verdad desagradable, que llevaba por nombre Margarita Cervantes. En cambio, el hotel La Galera, en Saltos del Sol, a unos doce kilómetros hacia el norte de Ciudad Rosario, tuvo la fortuna de contar entre sus clientes a la encantadora, simpática, educadísima, comprensiva, incluso maternal…, y un poco refunfuñona Annette Simonet, duquesa de Montpelier, sin duda alguna la más aristocrática dama que había puesto sus pies en La Galera.

Sólo un cretino habría dejado de darse cuenta de que la Duquesa, como se la llamó en seguida entre el personal, tenía más clase que una reina, y más cultura que una enciclopedia, y unos modales de soberana. Por eso, cuando la Duquesa miraba a su alrededor, varios empleados se apresuraban a acercarse a ella ofreciéndole sus servicios. ¿Un teléfono, quizá, señora Duquesa? ¿Té? ¿Un refresco? ¿Quizá cigarrillos? ¿Algún recado especial? ¡Lo que fuese, sólo pídalo, señora Duquesa!

A juicio de Orlando Picas, era justo que una dama de aquella categoría fuese tratada así. Como suele decirse: a tal señor, tal honor. Y no tenía la menor importancia que la Duquesa fuese una anciana más bien arrugadita, de cabellos blancos, lentes redondos que parecían provenir de la época del charlestón cuando menos, modelos de vestidos que sugerían una seriedad impresionante… No tenía importancia, porque a fin de cuentas, un hombre no pensaba en acostarse con la Duquesa al verla, y en cambio, sí comprendía que un rato de conversación con aquella dama tenía que ser algo delicioso. Incluso, aunque como era el caso de Orlando Picas, se tuviesen treinta años, un físico que dejaba turulatas a las jovencitas, un bronceado de Tarzán de los Monos, y una sonrisa que habría

sido la desesperación de Clark Gable, por ejemplo.

Por esto, el guapísimo y atlético Orlando Picas, que se daba la gran vida en el hotel La Galera desde hacía semanas y semanas, rompiendo corazones femeninos y tomando el sol a mansalva, se sintió felicísimo y tremendamente ufano cuándo de pronto, sin más complicaciones, la Duquesa fue a sentarse en el césped que rodeaba la piscina del hotel; sin más complicaciones, pese a que no parecía una actitud propia de una dama. Si lo hubiese hecho cualquier otra cliente del hotel, estando vestida, habría resultado improcedente, quizá ridículo. Con la Duquesa no ocurrió esto. Ella llegó, se sentó en el césped, emitiendo gemiditos y suspiros, y apoyándose en su bastón de empuñadura de plata, y todos quienes la vieron sonrieron. ¡Qué increíblemente simpática y original era la Duquesa!

—Jovencito —se dirigió a Orlando la Duquesa, con su voz ligeramente cascada—, llegué ayer a este hotel, y desde entonces le estoy observando, porque es usted el más guapo de la tropa.

Por supuesto, Orlando Picas se desconcertó.

—Muchas gracias, señora Duquesa —acertó a decir por fin, sonriendo.

—Ah, celebro que se haya enterado de mi nombre. Yo también sé el suyo: Orlando Lanzas, ¿no es así?

—Picas —rió Orlando—. ¡Orlando Picas!

—Ah, sí, Picas… Bueno, ¿qué más da lanzas que picas? A propósito: ¿ha leído usted algunos versos de Eduardo Marquina?

—Me temo que no, señora Duquesa.

—Eso es terrible, Orlando. Lo peor que hay en la vida es la ignorancia. Es decir, lo peor después de la incultura.

—¿No es lo mismo la ignorancia que la incultura?

—¡Cielo santo, no! La ignorancia es ignorar las cosas, desconocer la vida y el mundo, ser, en suma, una persona desafortunada. La incultura, a mi juicio, es mucho peor, es culpable y censurable, ya que significa que, sabiendo que hay muchas cosas en el mundo dignas de ser aprendidas, no hacemos el esfuerzo necesario para ello. ¿Me comprende usted, Orlandito?

—Desde luego, señora Duquesa.

—Así me gusta. En cuanto a Eduardo Marquina, un auténtico gran poeta, aunque a mi juicio un poco cargante, escuche estos versos que brotaron de su insigne pluma:

*«Con cien cañones por banda,*
*viento en popa a toda vela,*
*no corta el mar, sino vuela*
*un velero bergantín…».*

—¿De qué se está riendo usted, jovencito?

Realmente, Orlando Picas lo estaba pasando tan bien, que sus carcajadas atraían la atención de todas las personas próximas a la piscina.

—¡Esos versos no son de Eduardo Marquina, señora Duquesa! —exclamó entre risas—. ¡Pero siga, siga usted, por favor!

—¿Cómo, que no son de Marquina? —Frunció el ceño Annette Simonet.

—Le juro que no —Orlando estaba poco menos que lagrimeando de risa—. ¡Pero no tiene la menor importancia!

—Ya lo creo que tiene importancia, porque significa que mi cabeza empieza a tener fallos. ¡Es desconsolador!

—Todos tenemos fallos, señora Duquesa. Incluso personas mucho más jóvenes que usted, puede estar segura. En cuanto a lo de la ignorancia y la incultura, nunca había visto las cosas bajo ese punto de vista, pero, ahora que usted lo ha expuesto de este modo, creo que tiene toda la razón del mundo.

—Es usted muy amable, Orlandito… ¡Oh, ahora recuerdo lo que venía a decirle! ¿Sabe que se va a abrasar usted si continúa tomando tanto el sol? ¡Debería tener más cuidado!

—¿Ha venido a sentarse aquí, tan incómoda, para preocuparse por mi salud? —se sorprendió Orlando.

—Naturalmente. ¡Es lógico!

—La verdad —se desconcertó Orlando—, no entiendo por qué le parece lógico preocuparse por mí.

—Supongamos que está usted presenciando una gran hoguera en la que unas personas van echando trastos viejos, para quemarlos y quitarlos de en medio. Ya sabe: de cuando en cuando conviene hacer una limpieza general de la casa, y entonces se tiran a la basura muebles viejos y cosas así. Mejor que la basura, es quemarlos, pues no queda rastro de ellos, es más práctico. ¿Sabe usted lo que es la Mona Lisa, Orlandito?

—Por supuesto… Es uno de los cuadros de Leonardo da Vinci. El

más famoso, en realidad.

—¿Qué opinión tiene usted de ese cuadro?

—Bueno… No entiendo mucho de pintura, pero creo que está considerado como una de las joyas universales del Arte.

—Ajajá… Supongamos, ahora, que cuando está presenciando la quema de muebles y trastos viejos, ve usted que un ignorante se dispone alanzar al fuego el cuadro de la Mona Lisa… ¿Qué haría usted?

—¡Horror! —exclamó Orlando—. ¡Detendría a ese insensato, claro está!

—Bueno —dijo plácidamente la Duquesa, pues eso es lo que estoy haciendo yo, al prevenirle sobre las consecuencias de tomar tanto el sol. Quiero decir que usted me parece una obra de arte que hay que salvar de posibles deterioros. ¡Qué condenadamente guapo es usted, Orlandito!

Durante unos segundos, Orlando Picas estuvo estupefacto. Luego, fue inevitable que estallase de nuevo en carcajadas, contemplado afablemente por la anciana de los blancos cabellos, que, por fin, dijo:

—No creo que sea muy amable de su parte, en cambio, reírse de una pobre anciana que creía haber olvidado ya el amor y que, en cambio, gracias a usted, ha vuelto a sentir vivo y cálido su arrugado corazón.

—¡Ay…! —reía Picas—. ¡Ay, Dios mío…!

—¿Habla usted francés, Orlandito?

—No —Picas no podía dejar de reír—. ¡Pero me encantaría aprenderlo con usted, señora Duquesa!

—Estimable idea. Podría empezar diciendo: *ma chérie Duchese, ma belle petíte, je vous aime!*

—¿Y eso qué significa?

—Más o menos, significa: querida Duquesa, mi bella pequeña, ¡yo te amo!

Orlando Picas volvió a reír. Rió tanto, que ni siquiera pudo ver al camarero que se acercó a ellos, con una bandeja en la mano, y que se quedó mirándolo, conteniendo una sonrisa. Se limpió los ojos de lágrimas cuando oyó a la Duquesa:

—¿Es un recado para mí o para Orlandito?

—Es para el señor Picas, señora Duquesa.

Orlando Picas se quedó mirando, entonces al camarero. Tendió la mano, recibió en ella un sobre, y el camarero se retiró. Hacía un sol terrible, en efecto, a aquellas horas de la tarde. Orlando miraba el sobre, dándole vueltas entre sus fuertes y bellos dedos de artista. En el anverso, ponía su nombre, y eso era todo. Como siempre, sólo que la letra era diferente… y no estaba esperando sobre alguno. Claro que no tenían por qué enviárselo siempre con la misma cadencia…

—Apuesto a que es una carta de amor.

Orlando miró a la Duquesa, y sonrió cortésmente.

—Es muy posible, señora Duquesa.

—Bueno, pues ábrala… ¡Hace tanto tiempo que no leo cartas de amor! Por otra parte, antes se escribían unas cartas de amor verdaderamente emocionantes, lo recuerdo bien. ¡Tengo curiosidad por saber qué tal son las cartas de amor actuales! Oiga, qué extraño…, esa carta no lleva sello.

—Es posible que la hayan traído personalmente al hotel, señora Duquesa.

—Sí, claro… Bueno: ¿la leemos o no la leemos?

—La dejaremos para luego —sonrió Orlando Picas—. La verdad es que prefiero su conversación.

—Jovencito —le regañó Annette Simonet, agitando un dedo—: está bien claro que no quiere usted leer la carta de amor en mi presencia, así que voy a retirarme.

—¡De ninguna manera! Le aseguro…

—Tengo ya muchos años —sonrió la Duquesa—. Los suficientes para haber adquirido tacto, Orlandito. Ya nos iremos viendo por aquí. ¡Oh, espero qué su amiguita de la carta no tenga celos de mí!

—Le haré comprender que debe controlarse —sonrió Picas.

—Magnífico. No quisiera que me sacase los ojos. Bien, hasta luego… Cuidado con el sol.

—Descuide. Y gracias por considerarme una obra de arte… ¡Permítame ayudarla!

Orlando Picas ayudó a la Duquesa a ponerse en pie, con más eficacia que la ayuda que ella tomaba del bastón con empuñadura de plata. Luego, la estuvo observando, sonriente, mientras se alejaba con su pasito menudo y graciosamente vivo. Cuando la Duquesa hubo desaparecido en el interior del hotel, Picas fue a

sentarse a la cercana mesa sombreada que estaba ocupando, donde tenía sus cosas y algunas revistas. Le hizo una seña a un camarero, y éste entendió, llevándole un teléfono que conectó a la toma de la mesa. El camarero se retiró, y Orlando marcó un número.

—¿…?

—Soy Orlando. Tengo otro sobre.

—¿…?

—Sí, sí. Acaba de llegar.

—¿…?

—Por el procedimiento de siempre, claro —se desconcertó Picas —: algún empleado del hotel ha encontrado el sobre dirigido a mí sobre el mostrador, lo ha entregado al conserje, y el conserje me lo ha enviado.

—¿No lo llevo al sitio de siempre? —se sorprendió Picas.

—Sí, sí, entiendo. Está bien. ¿A qué hora?

—De acuerdo. Hasta entonces.

Colgó el auricular, encendió un cigarrillo, y se quedó pensativo; con cierto presentimiento de preocupación, en el fondo. Pero la desechó con un gesto, recordó de pronto a la Duquesa, y sonrió. ¡Qué dama tan divertida y encantadora!

* * *

Eran verdaderamente encantadores, impresionantes. Primero eran, simplemente, saltos de agua, que se divisaban desde la terraza del hotel donde estaba el bar y la piscina, y también desde las terrazas de todas las habitaciones, dispuestas a propósito para tal fin.

La Duquesa contemplaba los saltos de agua desde la terraza de su habitación, tendida en una extensible junto a unos grandes tiestos llenos de flores… Sí, primero, aquellos saltos de agua que había en las montañas que llegaban casi hasta la playa, eran sólo eso. Pero, a medida que se iba poniendo el sol, las aguas iban adquiriendo diversos colores, cada vez más fantásticos, desde el dorado hasta el violeta, después de pasar por un rojo intenso que parecía sangre finalmente. Que aquel lugar hubiese sido llamado Saltos del Sol se comprendía perfectamente después de ver aquella maravilla al anochecer…

—Bip-bip-bip-bip…

—¿Sí? —admitió en el acto la llamada la Duquesa, colocándose ante la boca la pequeña radio.

—La llamada que hizo Picas cuando usted se alejó de él, no era para anunciar a nadie que iría a visitarlo. Ha sucedido al revés: él es quien ha recibido una visita.

—¿Quién le visita?

—Un hombre. No le conozco. Ha llegado hace unos segundos a su habitación. Con gestos misteriosos, desde luego.

—¿Qué quiere decir con eso de «gestos misteriosos»?

—Pues que se ha asegurado bien de que nadie le veía llamar ni entrar en la habitación de Orlando Picas…

* * *

Orlando Picas había recibido a su visitante en albornoz, recién duchado, cuando se disponía a vestirse para bajar a cenar al comedor del hotel. Era un sujeto de estatura mediana, delgado y fibroso, con cara acanallada, que contrastaba muchísimo con las bellas e inteligentes facciones de Orlando.

—No entiendo por qué se han molestado en venir a buscarlo —dijo Orlando—. Yo lo habría podido llevar, cómo siempre.

—Claro. Pero a mí no me pregunte. Yo, como usted, obedezco órdenes: me han dicho que venga a buscar el sobre, y aquí estoy. Y además, vengo a buscarlo a usted.

—¿A mí? —se sorprendió Picas—. ¿Para qué?

—No tengo ni la menor idea. ¿Dónde está el sobre?

Estaban en la pequeña salita de recibidor. Orlando señaló hacia el fondo, donde estaba el dormitorio, separado por un arco con finas cortinas blancas casi transparentes, que la brisa del mar hinchaba en aquel momento. Entraron los dos en el dormitorio, y Orlando tomó el sobre de la mesita de noche y se lo entregó al hombre, que lo miró con curiosidad, y luego miró a Orlando.

—No es la misma letra.

—Ya lo he notado —asintió Picas—. ¿Está ocurriendo algo imprevisto?

—Lo sabremos cuando sea leído el mensaje que contiene el sobre. Bueno, vístase y nos vamos.

—Está bien.

Orlando Picas se dirigió al gran armario empotrado, quitándose ya el albornoz, dejando al descubierto su cuerpo bronceado y musculoso, de auténtico atleta. A cada gesto, un hermoso paquete muscular se ponía en movimiento, destacando en la fina piel quemada por el sol. A Orlando no le importó que su visitante le viese desnudo, pero un último resto de instintivo pudor le hizo colocarse de espaldas, de modo que el hombre no viese sus genitales.

Hizo muy mal.

Estaba eligiendo unos pantalones de la docena que colgaban en el armario cuando recibió la primera puñalada, en plena espalda. El impacto fue tan fuerte, incluso sorprendente en un hombre menudo como el visitante, que Orlando fue empujado dentro del armario, donde cayó de rodillas, emitiendo un sordo gemido, arrancando varios de los pantalones colgados sobre él. Su postura dentro del armario desconcertó al visitante durante un par de segundos, mientras Orlando se revolvía, y giraba la cabeza, para mirar con los ojos muy abiertos al asesino.

Éste se inclinó, asió por los cabellos a Orlando, y lo sacó del armario de un fuerte tirón…, mientras uno de los puños del herido subía y golpeaba con seco crujido en su barbilla, derribándolo sentado, viendo estrellas a domicilio. Delante de él, Orlando Picas se puso en pie, lívido el rostro.

—Te voy a enseñar… a clavar cuchillos a traición…

Dio un paso hacia el asesino, pero la cabeza le dio vueltas, de pronto. Cientos de millones de vueltas en una cienmillonésima de segundo. Ni siquiera notó dolor en las rodillas cuando cayó en esta postura delante del asesino que, sin más complicaciones, le tiró una puntada hacia el vientre. El acero se hundió en el cuerpo de Picas, que gimió de nuevo y se llevó las manos al pequeño boquete, por el que brotaba, impetuoso, un chorro de sangre. El demudado rostro del bello Orlando se alzó hacia el del asesino.

—Hijo… de puta…

Lo estaba viendo perfectamente. Veía ante él y más alto, el rostro de aquel hombre. Un rostro canallesco, ahora retorcido por la rabia que provocaba el insulto recibido. Orlando le vio apretar los labios…, y en ese momento, por debajo de su barbilla apareció algo.

Un tubo.

No… No, no. Era una varilla.

Tampoco. Era algo estrecho y delgado, que apareció súbitamente, con fuerza, llevando en la punta unas gotas de sangre y todo enrojecido, todo untado de sangre, sí… Un puñal, o algo así. De pie ante él, el asesino parecía que iba a quedarse así toda la vida; sus ojos casi salían de las órbitas, y estaba tenso como una barra de hierro, abierta la boca como para lanzar un grito que no podía salir… La mirada de Orlando se desvió hacia la puerta que comunicaba la salita-recibidor con el dormitorio.

Y entonces, sonrió, al ver allí a la Duquesa. ¿O no era ella? El bello Tarzán estiró las facciones, separando los párpados. Cuando volvió a ver bien, la anciana estaba depositando en el suelo al sujeto de la cara canallesca. Orlando la vio retirar el estoque de su nuca, limpiarlo rápidamente en sus ropas, y volverlo a colocar en el bastón con empuñadura de plata… Era el estoque el que tenía la empuñadura de plata… Santo cielo: ¿la anciana había clavado el estoque en la nuca de aquel hombre…, lanzándolo desde la puerta? Sí, tenía que ser eso: había lanzado el estoque como si fuese una jabalina, y, ¡zas!, se había hundido en el pescuezo del asesino… De pronto, Orlando se encontró contemplando el techo. Junto a él, apareció el rostro de la Duquesa. Y su voz, ahora diferente, una voz suave y firme, que jamás había oído, llegó a oídos de Orlando Picas:

—No se mueva, Orlandito, y seguramente podrá seguir viviendo.

—Hola, sen… señora Du… quesa…

—No hable. No haga nada. Sólo respire. Y despacio.

Orlando cerró los ojos. Sentía frío. De cuando en cuando, volvía a oír aquella extraña voz de la anciana; estaba hablando con alguien que parecía llamarse Simón, y decían algo de médicos… Luego, siglos de negrura aparecían ante los ojos de Orlando, y en su mente. De nuevo volvía a oír la voz. Le pareció que estaba muerto, y para convencerse de que no era así, quiso levantar la cabeza. Una mano fina, fresca, se apoyó en su frente, impidiéndoselo.

—No se mueva absolutamente nada. Estoy intentando contener la hemorragia del vientre, pero tiene que colaborar, Orlandito.

De nuevo se aclararon las imágenes. Caramba: ¿qué hacía allí la señora Duquesa? ¡Qué mujer tan extraordinaria…! Orlando comprendió que le debía la vida, y quedó atónito. Sí, señor: le debía la vida a la Duquesa, sin duda alguna.

—Le… agradezco… —jadeó.

—No diga más. Sólo una cosa, Orlandito. Diga sólo una cosa: ¿a qué número llamó usted para decir que había recibido otro sobre?

—Al 32.19.84… Yo digo: soy Orlando, tengo…, tengo otro sobre, y entonces me dicen…, me dicen…, me dicen qué lo lleve… al señor Fajeda, al…, al Corsario…

—¿Qué es el Corsario?

—Es un… es un… un… un bar en… en…

Orlando Picas se desmayó de nuevo, pero esta vez no sólo por unos segundos, sino de modo más prolongado. La Duquesa tiró a un lado la sábana ya demasiado manchada de sangre, y colocó otra, de modo que tapase los dos boquetes que Picas tenía en el cuerpo, y por los que se le estaba escapando la vida. Tenía el rostro blanco como la leche, y su respiración era lenta, casi imperceptible. Afuera, el sol parecía lanzar rayos casi negros sobre las aguas de Saltos del Sol. Faltaban segundos para la noche completa.

La puerta de la habitación de Orlando Picas se abrió, y apareció Simón, seguido de un hombre de edad mediana, gesto apresurado, y mirada asustada, que fue a ocupar inmediatamente el sitio de la Duquesa, colocando en el suelo un gran maletín negro.

—Es el médico del hotel —explicó Simón.

—¿Ha cundido la alarma?

—No, no. Lo hemos hecho discretamente, nadie se ha dado cuenta de nada, Baby.

—Espléndido. Llame a Hilarión Ros, dígale lo que ha ocurrido aquí, y que él se encargue de solucionar este problema, como hizo esta mañana con Sebastián y los otros.

—Ros está bastante irritado con usted —sonrió Simón.

—Eso no me interesa. Llámelo.

Simón fue al teléfono, descolgó el auricular, y pidió un número de Ciudad Rosario. El médico atendía con lógica habilidad a Orlando. Dirigió una sola mirada a la sorprendente anciana de la voz firme, y mascculló:

—Se salvará: tiene ocho probabilidades entre diez. Pero las va a pasar mal: tiene perforado el estómago, y quizá un riñón… Aún no estoy seguro.

La Duquesa asintió. Se acercó al cadáver del asesino, y le retiró la billetera. Simón comenzó a hablar por teléfono, pero no le

interesaba la conversación, sino lo que encontrase en los bolsillos del asesino. Sólo encontró dinero, cigarrillos, un pañuelo sucio, y una documentación, a nombre de Miguel Ruiz, natural de Oleandas, Moragua. Tenía treinta, y dos años…

—Ros va a venir en seguida.

La Duquesa alzó la mirada hacia Simón.

—Está bien. ¿Sabe dónde está un bar llamado El Corsario?

—Desde luego. Es muy conocido. Está en Ciudad Rosario, en el puerto. Acude allí gente de toda clase y de todas partes del mundo. Es uno de esos sitios donde se puede encontrar de todo, desde una ramera a un homosexual, desde droga a un violín «stradivarius». Todos los turistas que vienen a Costa Rosa visitan El Corsario, es inevitable. No hacerlo sería lo mismo que estar en París y no visitar la Torre Eiffel.

—Entiendo. Voy a ir allá ahora mismo, a ver si localizo a un hombre llamado Fajeda, al cual le llevaba Picas los sobres que recibía. Picas llamaba al 32.19.84, que no sé si pertenece a El Corsario o a otro lugar, y allá le decían que llevase el sobre al señor Fajeda a El Corsario. ¿Lo recordará todo, Simón?

—Desde luego.

—Pues investigue todo eso. Ocúpese de ello en cuanto llegue Hilarión Ros y se haga cargo de esta situación. Quiero a Picas en buenas condiciones, y a mi alcance, en, cuanto esté en condiciones de hablar.

—Se lo diré a Ros. Tendrá que aceptar. ¿Qué debe haber pasado? ¿Por qué habrán querido matar a Picas?

—Porque saben que lo hemos identificado. No esperaban ningún sobre, seguramente. Además, ya debían estar preocupados porque sus otros amigos no regresaron hace dos noches. Me refiero a José, Narciso y Sebastián. Y al llamar Picas diciendo que tenía otro sobre, han comprendido que le estaban, tendiendo una trampa, ya que Sebastián o los otros lo habían delatado. Entonces, en lugar de decirle que fuese a El Corsario a ver al señor Fajeda, le han dicho que esperase aquí, y han enviado a un asesino para silenciarlo.

—¿Cómo pudo usted adivinar que le querían matar?

—Fue un presentimiento. El asesino se llama Miguel Ruiz, y es de Moragua. Y ya sabemos que Picas también es de Moragua…

—Con lo cual, podría ser cierta mi opinión de que quien está

promoviendo todo esto es Moragua. Es muy posible que sea ésta quien intente invadir Costa Rosa.

La aristocrática dama de blancos cabellos movió la cabeza con un gesto de duda.

—No sé… ¿Cree que Moragua tiene suficientes efectivos para invadir Costa Rosa?

—Pues, francamente, no.

—¿Y Honduras y Nicaragua?

—No… Tampoco. Estos cuatro países tiene un cierto equilibrio, en general. No creo que ninguno de ellos sea tan superior al otro como para tener la certeza de que una invasión tendría éxito indiscutible…, a menos que antes se hubiese recurrido al terror psicológico, claro. ¡Me olvidaba!: pedí una ambulancia por teléfono cuando fui a buscar al médico, de modo que quizá sería mejor que no estuviese usted aquí cuando llegue. Espero que Ros convencerá al doctor para que no mencione su intervención en esto.

—No importa, porque me voy, Simón. De todos modos, usted y Ros lo arreglarán todo bien, estoy segura.

—Muy amable. ¿Y adónde va?

—¿Adónde cree usted? —Frunció el ceño la Duquesa.

—A ver si adivino… —sonrió Simón—. ¿A El Corsario?

—Naturalmente.

—Quizá sea arriesgado después de que, evidentemente, esa gente se ha dado cuenta de que la carta recibida por Picas era una trampa.

—Es un riesgo, desde luego, pero no creo que sepan que la carta la envié yo misma, ¿no le parece?

—A propósito, ¿cómo reaccionó Picas al recibirla?

—Se inquietó al ver que la letra no era la misma. No hizo la menor intención de abrirla…, lo cual me confirma que este pobre muchacho no sabe gran cosa. También me confirma que se están tomando muchas precauciones para que las instrucciones lleguen.

# Capítulo V

El Corsario era realmente un lugar digno de verse. En él había realmente de todo, desde prostitutas a gente que cambiaba sellos. Era una mezcla de bar-*snack-boutique*-terraza, de grandes dimensiones y varios locales a diferentes niveles; una especie de locura arquitectónica.

Pero la verdadera locura procedía de la gente que visitaba El Corsario. Su único objetivo era pasarlo estupendamente allí, de modo que predominaban las risas, los gritos, el sonido de las copas, las canciones que se ejecutaban en el escenario de la terraza, o los silbidos que acompañaban las actuaciones de las muchachas que se dedicaban a un excitante *strip-tease*…, mientras en una mesa se hablaba de política y en otra se cambiaban esqueletos de rana por partituras musicales, por ejemplo, y en otra una bella joven podía estar poniendo precio a un fogoso cliente al que lo que veía en el escenario estaba poniendo rápidamente en órbita…

Cuando entró la morena de los ojos oscuros y el jersey ajustado, unas docenas de pares de ojos se clavaron en ella con una expresión experta, conocedora. Menos de cinco mil pesos, nada, seguro. Había allí mucho y muy buen material para valorarlo en menos. Y cinco mil pesos eran muchos pesos.

La morena recorrió todo el lugar antes de acercarse al mostrador del bar y sentarse en uno de los taburetes; entonces, aún se vieron mejor sus piernas. Unas piernas magníficas, de color dorado y formas impecables, esbeltas, provocadoras.

—Champaña —pidió la morena al camarero.

Éste sonrió. Naturalmente. ¿Qué otra cosa, sino champaña, podía pedir aquel monumento de mujer? Tenía unos cabellos largos, negros, preciosos, suavemente ondulados… ¡Y qué pecho! No tardó ni siquiera medio minuto en tener compañía: un sujeto de unos cincuenta años se sentó junto a ella, en otro taburete, la miró y le

sonrió. La morena correspondió a la sonrisa, y se dedicó a encender un cigarrillo que sacó de su sorprendente maletín que suplía a un bolso, que había resultado más lógico. El sujeto cincuentón era gordito, calvo, de aspecto simpático y mundano; su aspecto era el de un auténtico experto en sacar todo el posible goce de la vida, cosa que muchísima gente ignora cómo puede conseguirse.

Cuando el camarero depositó la copa de champaña ante la morena, el hombre la señaló.

—¿Me permite que la invite? —ofreció.

—Bueno —aceptó la rubia; hizo una seña al camarero, que se inclinó hacia ella, aprovechando para atisbar por el escote—. ¿Qué pasa si alguien me llama aquí por teléfono?

—Pues que la avisamos a usted, claro.

—¿De qué modo? Porque si no me conocían hasta ahora, no veo cómo han de avisarme…

—Lo tenemos todo previsto, en El Corsario —sonrió el camarero —; tenemos un cartel que uno de los ayudantes pasea en alto por todo el local, con el nombre de la persona requerida al teléfono. Los que ignoran lo que significa esto, son informados en seguida por sus vecinos de mesa. No hay problema.

—Ya. Bueno, ¿y qué hace la persona avisada?

—Va al teléfono cuyo número se anuncia en el mismo cartel. ¿Cómo se llama usted?

—Alejandra.

—En ese caso, si la llaman a usted, ponemos en el cartel: Alejandra, teléfono 2. Y eso es todo. Usted pregunta dónde está el teléfono, se le indica y va hacia allá. Hay cuatro teléfonos; la llamada para usted, claro, está en el número dos.

—Y los cuatro teléfonos…, ¿dónde están? ¿Son los que he visto cerca del pasillo que lleva a la terraza?

—Exactamente. ¿Está esperando una llamada?

—Quizá me llamen. Supongo que los cuatro teléfonos tienen distintos números.

—Claro. Desde el 32 19 82 al 32 19 85 —el camarero volvió a sonreír—. Podría usted atender cuatro llamadas a la vez.

—No doy para tanto —exclamó la morena.

—¿Más champaña?

—Oh, sí… No es el mejor del mundo, pero está deliciosamente

fresco…

—También esa copa la pago yo —dijo el cincuentón—. ¿Vale?

—Bueno —aceptó con indiferencia la morena.

El camarero fue en busca de más champaña, mientras el cincuentón, tras vacilar, desplazaba su taburete, acercándolo más al de Alejandra.

—Yo me llamo Amalio.

—Felicidades. ¿Nos conocemos de algo?

—Claro que no. Si así fuese, no me habría presentado. Te gusta el champaña, ¿eh?

—Lo tolero. ¿No será muy caro para ti?

El cincuentón se echó a reír, metió la mano al bolsillo y sacó un enorme rollo de billetes.

—¡No eres capaz de gastarlos todos en una noche! —aseguró, con risas.

—¡Qué barbaridad, chico…! Oye, por lo menos debes ser el presidente de Costa Rosa, ¿eh?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Yo ese cochino…? ¡Claro que no!

—¿Por qué llamas cochino al señor presidente?

—Oye —la miró torvamente Amalio—, estamos hablando del mismo presidente, ¿no es así? De Senén Tortajada, el presidente del país, ¿eh?

—Claro.

—Ah. Creí que me estuvieses hablando del presidente de un club de polo, pongo por caso. Pues bueno, el presidente del país, el cochino Senén Tortajada, es…, es… Pues eso: un cochino.

—¿Porqué?

—Si yo fuese él, tendría ya sobre las armas a todos los soldados del país, y te aseguro que aquí no entraba nadie, ni con amenazas ni sin amenazas. ¿Tú no sabes que nos van a invadir?

—Algo he oído.

—¡Algo he oído…! —bufó. Amalio; volvió los ojos hacia el camarero, vivamente—. Oye, chico, joven, muchacho, tú; yo también quiero una copa de eso.

—Sí, señor.

—Mejor que pongas dos… O mejor, deja toda la botella; Alejandra y yo la vamos a despachar rápidamente. ¿Estás de acuerdo, bella Alejandra? Oye, qué pechos más sensacionales tienes,

tú… ¿No serán de plástico?

—Quizá —le miró con indiferencia Alejandra—. Y ahora tú me dirás que quieres asegurarte, y todo eso, ¿verdad? Pues como tu mano se acerque a mis pechos, te vas a quedar manco, pequeño calvo.

El camarero se alejó rápidamente, haciendo esfuerzos por no reír delante del cliente calvo. Éste parpadeaba rápidamente, contemplando a Alejandra como si fuese un ave desconocida, de pronto. La morena echó un vistazo a su relojito de pulsera, y bebió otro sorbito de champaña.

—¿Y sabes tú quién creo yo que nos quiere invadir? —preguntó de pronto Amalio.

—¿Quién?

—Los de Moragua. Allá sí que tienen un presidente con las nueces bien puestas. ¿Lo conoces?

—Creo que se llama Jerónimo, ¿no? —Alzó las cejas Alejandra.

—Jerónimo Obas, así es. Es un cabrón, claro, pero nadie puede discutirle que tiene más redaños que nuestro Mando dirigente, el pacífico, cochino y cobarde señor Tortajada. ¿Y sabes por qué creo que son los de Moragua quienes nos van a invadir?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Porque ni Moragua ni Costa Rosa pertenecemos a ningún organismo internacional ni panamericano. ¿Comprendes? Los demás han de andar con mucho cuidado, ya que un país no puede invadir a otro así como así. Pero Moragua y nosotros podemos estar dándonos de palos toda la vida sin que nadie tenga derecho a intervenir. ¿Te das cuenta?

—Sí. Pero eso no significa nada.

—¿Cómo que no?

—No. Porque a fin de cuentas, ¿tú sabes qué es lo que pretende el futuro invasor, concretamente?

Amalio se quedó mirando a la morena. La verdad era que él estaba ya un poco borracho, y que ahora se le estaba llenando la cabeza de burbujas, pero estaba intuyendo que, aunque hubiese estado sereno, no habría podido seguir sosteniendo la dirección de la conversación con la morena.

—¿Y por qué demonios tenemos que hablar de esto? —protestó malhumorado—. Yo he venido aquí a olvidar, a no acordarme de

las cosas que dicen que pueden pasarnos y a chingarme una señora como tú. ¿Nos vamos?

—Quizá más tarde. Ahora estoy esperando una llamada.

—¿De quién?

—De tu padre.

Amalio se quedó de piedra. Comenzó a guiñar los ojos. No estaba seguro de estar viviendo una realidad. Tenía que ser un sueño. Sobre todo, lo de tener junto a él a la mujer más bien puesta que había visto en su vida… La cual miraba de nuevo su relojito.

—¡Pero si mi padre murió hace años…! —exclamó de pronto Amalio.

—Debe haber resucitado. O quizá han establecido una línea telefónica con el Más Allá, Amalio… ¿Quieres hacerme un favor?

Amalio sonrió ampliamente.

—Esa es mi idea —aseguró—. ¡Mejor, dos o tres, ji, ji, ji!

—Se puede intentar —sonrió la morena—. De momento, el favor que tienes que hacerme es esperarme aquí quietecito. ¿Sí, cariño?

—¡Wao…! —Le lanzó un mordisco Amalio a un pecho.

Pero la morena ya se alejaba, de modo que la dentellada simulada quedó muy lejos. Y mientras Amalio se quedaba rumiando sobre la futura felicidad de aquella noche, Alejandra partía en pos del camarero que portaba en alto la pancarta con el nombre del Sr. Fajeda, teléfono 3; es decir, el 32 19 84.

Cuando Alejandra vio al señor Fajeda, sintió que el estómago se le revolvía. Era uno de los tipos más repugnantes que había visto en su vida, hasta el punto de que Amalio resultaba un Apolo en comparación. Fajeda, si es que era él el tipo que interpeló al camarero que portaba la pancarta, era bajo, tan gordo que parecía redondo, con la cara picada de viruelas, parte de la cabeza quemada, ojos diminutos y boca enorme. Sus manos parecían un montón de salchichas a punto de reventar. Vestía pantalones y camisa blanca, iba descalzo y apenas comenzó a caminar hacia donde estaban los teléfonos, su cuerpo comenzó a transpirar de modo increíble. Pasándose el pañuelo incesantemente por la cara, el repugnante sujeto llegó al teléfono tres, en efecto, y atendió la llamada. Desde la terraza, a través de una tupida planta florida, Alejandra podía ver, al fondo del pasillo, al porcino personaje, pero no oírlo. Aunque, realmente, no tenía importancia que le oyese o

no, pues sabía perfectamente con quién estaba hablando Fajeda y qué le decía… Y era de esperar que Simón supiese hacer bien el papel de Miguel Ruiz, siguiendo al pie de la letra todas sus instrucciones…

Dejó de mirar unos segundos hacia Fajeda, para mirar a las personas que le esperaban en una mesa. Eran dos hombres altos y fuertes, atléticos, agradables, y tres chicas, que reían. Es decir, reían dos de ellas, haciéndoles mimitos a los dos hombres. La tercera parecía preocupada, y Alejandra lo comprendió. La perspectiva de una noche con Fajeda no debía ser una maravilla, desde luego.

Cuando volvió a mirar a Fajeda, éste regresaba hacia su mesa…

* * *

—Tengo que marcharme —dijo Fajeda, al llegar a su mesa—. Es muy posible que tenga que zarpar esta misma noche, de modo que si cuando regreséis por la mañana no veis al Incaico en el puerto, ya sabéis dónde nos encontraremos.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de los dos guapos.

Dimas Fajeda vaciló. Y optó por volverse a la chica que había estado destinada al sacrificio, a la que obsequió con unos billetes.

—Lo siento, encanto, pero no podemos correrla esta noche. ¿Es bastante por las molestias?

—Claro que sí —sonrió la muchacha, procurando ocultar su grandísimo alivio—. Eres muy generoso, cariño.

—Volveré por aquí —aseguró Fajeda—. Y vosotros, ya sabéis.

—Sí, hombre.

Fajeda se alejó, mientras la muchacha guardaba el dinero en su bolsito, contemplada por sus dos amigas, una de las cuales exclamó de pronto, riendo:

—¡De buena te has librado, Nita!

—Pues la verdad, sí… Dimas tiene una voz preciosa, pero todo lo demás… Bueno —miró a los otros dos—, no le digáis que…

—Tranquila —rió uno—. ¡Hasta Dimas se ha enterado de que es feo como una mierda! Pero vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? Aparentemente, sobra una chica aquí, pero… ¿qué os parece si seguimos juntos los cinco toda la noche… a ver qué pasa?

Mientras los cinco reían, Dimas Fajeda salía de El Corsario,

después de cruzar la parte destinada a *snack*, donde tres indios del interior pretendían una cena suculenta a cambio de plumas de pavo real…

Poco después, Fajeda estaba en su coche, dispuesto a partir inmediatamente hacia Saltos del Sol. Desde hacía unos días, todo estaba saliendo mal; era como si un demonio maléfico estuviese interviniendo en los asuntos que hasta entonces habían funcionado tan bien. Sí, precisamente desde que apareció aquel maldito anuncio firmado por la tal Margarita Cervantes, que el demonio sabía lo que había pasado con ella…

* * *

—¡Te pillé! —exclamó Amalio, dándole una sonora palmada en el trasero.

Alejandra respingó, volviéndose, y por un instante un extraño destello, que desconcertó y estremeció a Amalio, pasó por sus ojos. Pero sonrió en seguida, sabiéndose mirada por los cinco personajes que ya habían olvidado a Fajeda, evidentemente.

—Me has asustado, Amalio… ¡Y no me gusta que me den palmadas!

—Bueno, perdona, pero… ¡estás tan buena, Alejandra! ¿Nos vamos ya de aquí?

—Me voy sola. Vas a perdonarme, simpático, pero acabo de llamar por teléfono, ya que no me llamaba a mí…, y he tenido una malísima noticia, así que tengo que marcharme a casa.

—¡Maldita sea…! ¿No podríamos arreglarlo?

—Me parece que no. Me ha llamado mi marido para decirme que mi pequeño Evelio está enfermito. Está muy asustado, y además, al tener que cuidar a los otros siete niños, no podría atender bien a Evelito… Te haces cargo ¿verdad?

—Pues…, sí… Sí, claro. ¿Tienes… siete hijos?

—Ocho, contando a Evelito.

—¿Y… y marido?

—Oh, sí —sonrió Alejandra—; un hombretón así de alto y fuerte, que va a pasar a recogerme con el coche dentro de un momento. No sé si esperarlo aquí o afuera, en la calle.

—¡Yo creo que sería mejor que lo esperases afuera, así él te verá

en cuanto llegue, y no tendrá que perder tiempo en buscarte por aquí dentro!

—¿Sabes que tienes razón? —reflexionó Alejandra.

—¡Claro que tengo razón! ¡Date prisa, quizá esté ya en la calle, a punto de entrar!

—Sí… Bien, adiós, Amalio… ¡Nos veremos otro día!

—Seguro que sí —sonrió Amalio—. ¡Seguro!

Alejandra salió de El Corsario, pasando por el *snack*, donde compró a los indios de las montañas las plumas de pavo real por mil pesos, causando el pasmo total de la concurrencia, en especial de los indios, que contemplaban atónitos la fortuna que uno de ellos tenia en las manos, en forma de papeles con dibujitos en lugar de las hermosas pero inútiles plumas de pavo real…

En la calle, Alejandra se alejó a pasos vivos de El Corsario. Un par de minutos más tarde, llegaba a un coche, en el cual entró, sentóse ante el volante. Del asiento contiguo tomó el maletín, del cual sacó la pequeña radio, que accionó en el acto.

—¿Simón? —musitó.

—Hola. ¿Cómo lo he hecho?

—No lo sé, no he podido oír su actuación fingiendo ser Miguel Ruiz agonizando, pero lo cierto es que Fajeda ha abandonado El Corsario, y supongo que está viajando, hacia Saltos del Sol. No tardará en llegar, así que esté atento… Y no tenga cuidado, que le será fácil identificarle: sólo voy a decirle que es un sujeto repugnante, y usted lo comprenderá en cuanto lo vea. ¿Cómo van las cosas con Hilarión Ros?

—Ya sabe usted que está colaborando, pero sigue irritado.

—Ya se le pasará… Bien, cada uno a lo suyo, Simón. Mañana será otro día…, pero esta noche me parece que no va a ser divertida.

—Paciencia… —rió Simón—. De todos modos, no podemos quejarnos; la profesión de espía no es para pasarlo divertido, ¿no le parece?

—Hay ocasiones para todo —sonrió Alejandra—. Lo único que debemos hacer es saber aceptar lo bueno y lo malo. Hasta luego, Simón.

Alejandra cerró la radio, la dejó sobre el asiento contiguo, y puso en marcha el coche, conduciendo hasta delante de El Corsario.

Allí, apagó las luces, paró el motor y se dispuso a esperar que los amigos de Fajeda y las chicas del gremio del sexo tomasen alguna decisión para aquella noche…

# Capítulo VI

Eran casi las nueve de la mañana cuando Alejandra entró en el coche de Simón, estacionado cerca del puerto de Ciudad Rosario. El agente de la CIA señaló hacia el yate, que llevaba el nombre de Incaico:

—Buenos días… Ese es el yate en el que entró anoche el sujeto repugnante, cuando regresó de Saltos del Sol. El mismo en el que ahora han entrado dos hombres.

—Son sus amigos. Deben estar agotados, después de la noche que han pasado… Ha sido una de las noches más tontas de mi vida, pero alguien tenía que vigilar por si sucedía algo inesperado. ¿Nada nuevo?

—No, no. Ya le dije que todo fue perfecto: Fajeda llegó a Saltos del Sol, fue al bar Rosa, y allá se enteró de que un hombre había caído muerto después de hablar por teléfono en el fondo del local. Como quiera que el dueño del bar le apreció sangre, debido a un par de cuchilladas, llamó a la policía, la cual llamó a una ambulancia, que llegó para retirar al sujeto, ya cadáver. Así que Fajeda, según parece, está convencido de que fue Miguel Ruiz quien lo llamó, muy malherido, para que pasase a recogerlo al bar Rosa de Saltos del Sol. ¿Sabe que casi me siento un gran actor?

—Le propondré para el Oscar —sonrió Alejandra—. De todos modos, convenga conmigo en que una cosa es imitar realmente una voz y otra cosa es hacerlo simulando estar muy mal; con susurros y tartamudeos.

—Sí —refunfuñó Simón—, reconozco que así es muy fácil. Pero lo he hecho, ¿no?

—Desde luego. ¿Qué más hizo Fajeda?

—Fue al hotel La Galera, donde, con discretas averiguaciones, se enteró de que un cliente del hotel, llamado Orlando Picas, había sido hallado muerto en el pasillo del tercer piso, desangrado como

una bestia. Es de suponer que Fajeda ha obtenido sabrosas conclusiones…, que son las que usted quería, a saber: que Ruiz fue a matar a Orlando Picas, que pudo herirlo gravemente, pero que, al ser herido a su vez, se escapó; Picas falleció en seguida, en el hotel, y Ruiz, en el bar Rosa, poco después de llamarle para que pasase a recogerlo, pues él no estaba en condiciones de conducir, ni de tomar un taxi o autobús.

—Con lo que Fajeda debe haber quedado muy tranquilizado, al mismo tiempo que queda demostrado que la ayuda del señor Ros para montar toda esta comedia ha sido muy estimable.

—Tan estimable que, sin su ayuda, no lo habríamos podido conseguir. Ruiz está muerto de veras, y Orlando Picas parece que va a salvarse.

—Le haremos unas cuantas preguntas, entonces. Aunque quizá, cuando él esté en condiciones de contestarlas, nosotros hayamos resuelto ya el terror psicológico que tiene tan sobrecogido al pueblo de Costa Rosa. Sin embargo, anoche mismo, en El Corsario, todo el mundo reía, parecía que nada estuviese ocurriendo…

—¿Y qué haría usted si supiese que va a morir dentro de pocos días, ya sea por medio de virus o decapitado? Esta gente está tan asustada que no aciertan a pensar más que en la muerte inminente que les aguarda. Y han decidido divertirse, simplemente.

—Si todos continuasen reaccionando así, no habrían graves problemas… —musitó Alejandra—. Lo malo será si cunde el pánico de otro modo.

—Eso puede suceder en cualquier momento. Usted sólo ve a los hombres, por la calle, no a las familias. Las mujeres, niños y ancianos están en las casas, y sólo Dios sabe lo que están pensando o sufriendo. Todo esto es una situación falsa; se ríe por no llorar y, a poca cosa que suceda, verdaderamente, pueden ocurrir reacciones de lo más imprevisibles.

—Trataremos de evitarlo. ¿Puede conseguir una lancha en buenas condiciones?

—Desde luego. Tengo un amigo que se dedica a la pesca submarina que me la prestará sin vacilar.

—Pues ocúpese de eso, por si el Incaico zarpase.

* * *

El Incaico había zarpado a las nueve y media, poniendo proa al Sur. Navegó solamente media docena de millas, es decir, hasta un poco más allá de Cala Serpientes…

Desde la lancha, Alejandra vio, con los prismáticos, cómo el ancla de popa caía al agua, y el yate quedó describiendo pequeños arcos en aquella pequeña ensenada. Simón navegó hacia la protección rocosa de Cala Serpientes, para asegurarse de que no serían vistos a su vez desde el yate. Una vez disimulados convenientemente, tiró el ancla al fondo, y señaló hacia la cabina-vivienda.

—¿Le apetece café y algo de comer?

—No me apetece solamente; lo necesito —dijo Alejandra.

Diez minutos más tarde, entre sorbo y sorbo de café, los dos devoraban, con excelente apetito, unos enormes bocadillos preparados por Simón, turnándose en vigilar el yate con los prismáticos. Al terminar, de comer, Alejandra echó otro vistazo al Incaico, tendió luego los prismáticos a Simón, y dijo:

—Voy a dormir aunque sólo sea unos minutos, porque no he pegado ojo en toda la noche. Llámeme si sucede algo importante.

—¿Cómo sabré que es importante?

—Llámeme suceda lo que suceda —sonrió Alejandra.

Entró en la cabina, se quedó en sujetadores y pantaloncitos, para aliviarse del tremendo calor, y se tendió en una de las literas plegables. Por la portilla de estribor entraba la luz refulgente del sol, pero Alejandra se quedó dormida en menos de cinco segundos, el tiempo que necesitó para quitarse las lentillas de contacto negras. Debían ser las diez de la mañana.

—Despierte.

Sólo con esto, Alejandra abrió los ojos, y se sentó en la litera. Simón contempló, extasiado, la sin par belleza de los azules ojos, evitando mirar la carne dorada de increíble turgencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Brigitte Montfort.

—El presidente de Costa Rosa está hablando por la radio. Me pareció que querría usted escucharlo.

—¡Desde luego que sí! —exclamó la divina espía.

Vaciló entre ponerse o no las lentillas de contacto, pero decidió prescindir de ellas por el momento. Salieron a cubierta. Junto a los mandos y la radio de dotación, estaba el receptor de las emisiones

de Radio Nacional, de la cual brotaba la voz de un hombre.

—Conecté la radio por si Bélico tenía alguno de sus simpáticos mensajes, y resulta que está hablando nada menos que don Senén Tortajada, presidente de Costa Rosa. ¿Quiere un cigarrillo?

Brigitte asintió con la cabeza, mientras miraba con los prismáticos hacia el Incaico, que seguía anclado en el mismo sitio. La voz, un tanto aguda, poco atractiva, de Senén Tortajada, llegaba así nítidamente a oídos de la espía más linda y peligrosa del mundo:

> —… *nada que temer, en definitiva. Es cierto que estamos siendo cruelmente amenazados, pero en el gobierno hemos llegado a la conclusión de que todo es una patraña de alguien que pretende provocar una situación difícil en el país, posiblemente por motivos que…*

—Simón —llamó Brigitte—, van a sumergirse.

El agente de la CIA puso un cigarrillo encendido entre los labios de Brigitte, y tomó los prismáticos que ella le tendía, enfocándolos hacia el Incaico. En efecto, habían tres hombres en la borda, prestos a saltar al agua. Uno de ellos, inconfundible, era Fajeda.

—Parece que no les interesa lo que tenga que decir el presidente de Costa Rosa —murmuró Simón.

Baby no contestó. Se sentó en la borda, como perdido todo interés por los tres hombres que, desde el Incaico, y con equipo de hombre-rana, habían saltado al agua. En la radio, Senén Tortajada seguía dirigiéndose al pueblo costarosense:

> —… *evitar cualquier situación que pueda conducir al caos. Por otra parte, y para tranquilidad de todos, quiero decir que es muy posible que Costa Rosa tenga amigos dispuestos a ayudarnos en una situación como sería la invasión por parte de otro país…*

—¿A qué amigos se refiere? —preguntó Brigitte; mirando a Simón.

—No sé —bajó, éste los prismáticos—. Hasta el momento, costa Rosa ha sido un país díscolo. Pequeño, orgulloso y díscolo, que no ha aceptado componendas de amistad ni… consejos de ninguna clase. No se me ocurre a qué amigos pueda estar refiriéndose el presidente.

—En cuanto regresemos a Ciudad Rosario, llame a Hilarión Ros; quiero que él nos informe de eso.

—¡Santo cielo…, no querrá hacerlo! ¡Usted está tirando demasiado de la cuerda, Baby! Y acabará por romperla.

—Dígale a Ros que puedo convertirlo en jefe absoluto del servicio secreto de Costa Rosa si me complace.

—¿Puede usted cumplir su palabra? —exclamó Simón.

—Yo siempre cumplo mi palabra —frunció el ceño Brigitte.

—Hablaré con Ros. Esos tres tipos parece que piensan pasar un buen rato bajo el agua.

—Escuchemos al presidente.

*—… bajo ningún concepto. Se está recurriendo a una cobarde estratagema para asustarnos, considerando que, de este modo, bajo la tremenda presión del miedo, seremos más fáciles de vencer. Pero yo os digo tres cosas. Primera: no se atreverán a invadirnos. Segunda: si lo intentan, sea quien sea, nosotros defenderemos nuestra patria; Tercera: en el momento oportuno, es muy posible que nuestro invasor se llevase la gran sorpresa de comprobar que Costa Rosa no está tan sola como todos parecen creer…*

—¿No será Tortajada quien está fanfarroneando de tener unas amistades que podrían ayudarle? —sugirió Simón.

—Eso también es posible —admitió Brigitte.

*—… situación favorablemente a nuestros intereses y a nuestra integridad, y no estamos dispuest…*

¡Ziuu… ziuiuiiii… ziziuuuuu!

—¿Qué pasa? —Respingó Simón.

Brigitte miró serenamente hacia la radio, cuyos silbidos iban en aumento.

—Una interferencia, es evidente.

—¡Igual que las otras veces! ¡Va a hablar Bélico!

Baby no contestó. Ya no se oía la voz de Senén Tortajada, y seguían oyéndose los silbidos. De pronto, éstos también dejaron de oírse. La voz bien timbrada de Bélico sonó, de pronto, con una nitidez magnífica:

*—Costarosenses: os pedimos perdón por interrumpir el mensaje de vuestro Insensato presidente, Senén Tortajada. No es nuestro deseo ser descorteses. Pero sí vamos a ser implacables con todos aquellos que, atendiendo las suicidas indicaciones de vuestro presidente, intenten oponerse a nuestra llegada triunfal a Ciudad Rosario, lo cual sucederá muy pronto. No entiendo qué pretende ese hombre con sus mentiras. Sí, mentiras, porque os está engañando; nadie os ayudará. Y de este modo, pronto todos vosotros estaréis bajo nuestra férula. Os hemos hablado ya de diferentes modos de sojuzgaros, desde hacerlo utilizando armas convencionales, a utilizar virus; y también os hemos indicado que os manipularemos sexualmente, estaréis a nuestra merced en todo momento en ese aspecto y en todos. Aparecerán nuevas leyes sexuales que afectarán incluso a los niños. Pero eso, realmente, poco importa. Lo que siempre importa, más que todo lo demás, es la vida. ¿Os gustaría perder la vida? ¿Os gustaría que Ciudad Rosario desapareciese para siempre de la faz de la Tierra? A nosotros no nos importaría, ya que podríamos establecer en otro lugar la capital de lo que pronto será una colonia nuestra, y acto seguido será integrada en nuestra soberanía; en cuyo caso, ni siquiera se hace necesaria la existencia de Ciudad Rosario. ¿Creéis que eso no es posible? Os lo vamos a demostrar, y muy pronto. Todos vosotros habéis oído hablar del poderío atómico, ¿no es así? Son pocos los países que disponen de esa clase de armamento. Es caro, es peligroso, es técnicamente inalcanzable para la mayoría de los países… Pues bien, nosotros disponemos de ese armamento. ¿Lo dudáis? En ese caso, estad atentos, porque dentro de tres horas exactamente, una bomba atómica caerá en el centro de Ciudad Rosario. Hasta la próxima, se despide de vosotros vuestro veraz comunicante, Bélico.*

Volvieron a oírse silbidos, mientras Brigitte permanecía impasible pero pálida, y Simón contemplaba, con ojos desorbitados, los mandos de la radio.

—La madre que lo parió… —jadeó de pronto—. ¡Ha dicho que van a lanzar una bomba atómica en el centro de una ciudad como Ciudad Rosario, con doscientas mil personas en ella…!

—No habrá ni una sola cuando esa bomba caiga…, si es que cae.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo entiende? Bélico acaba de provocar el pánico

definitivo; en estos momentos, el terror debe ser tal en Ciudad Rosario que los efectos serán casi tan lamentables como si ya hubiese caído esa bomba.

—¡Dios…! Es cierto, la gente debe estar abandonándolo todo, corriendo para alejarse de la ciudad, para no estar en ella cuando caiga esa bomba. ¡Es muy probable que mueran, en el tumulto, varios cientos de personas! ¡Tenemos que ir allá…!

—¿Para qué? ¿Quiere ser uno de los arrollados en el tumulto, Simón?

—No… —jadeó de nuevo el espía—. No, pero… ¡Maldita sea la madre que parió a ese…!

—Cálmese. Me parece mucho más práctico dedicar nuestras energías a impedir que esa bomba sea lanzada. Mejor dicho, a demostrar que no va a ser lanzada en ningún momento.

—¿Qué…, qué dice…? ¡No la entiendo! ¿De qué habla?

—Ayúdeme a colocarme uno de los tubos de aire que he visto antes abajo; voy a sumergirme.

—¿Va a qué?

—A bucear.

Simón se quedó mirando a la espía de lujo de la CIA. Era como si sus ojos se hubiesen convertido en bolitas de vidrio. Los silbidos dejaron de oírse por la radio y, poco después, de nuevo oyeron la voz de Senén Tortajada, con un tono de firmeza que, realmente, resultaba patético:

> *—Costarosenses: he podido oír, como vosotros, las palabras de ese asesino mental que se hace llamar Bélico. Os suplico que las ignoréis. Quedaros en vuestras casas, en vuestros puestos de trabajo, en vuestras escuelas, en vuestros lugares de diversión, permaneced con serenidad dondequiera que os encontréis, porque no es cierto que vayan a cumplir una amenaza como ésa. Por la patria, yo os pido que…*

Simón, que se estaba pasando las manos por la cara, las apartó de pronto, y miró sorprendido hacia donde estaba empotrada la radio, en el panel de mandos. Baby estaba allí, y acababa de cortar la recepción. Lo miraba fijamente.

Simón se pasó de nuevo las manos por la cara, y suspiró:

—De acuerdo. A decir verdad, no tengo ninguna fe en ese

hombre, y sí la tengo en usted, desde hace años, cuando yo ya tenía casi cuarenta, corrió la voz de que en el servicio había ingresado alguien a quien valía la pena apoyar hiciera lo que hiciese. ¿Se quiere sumergir? ¡Pues a sumergirse!

Diez minutos más tarde, Brigitte estaba equipada adecuadamente para la inmersión, sin grandes complicaciones: tubo de aire con su correspondiente distribuidor, cinturón de plomos, lentes y aletas de goma para los pies, además de un cuchillo. En una bolsa de plástico puso la pistolita de cachas de madreperla y la radio.

—¿Todavía no salen? —preguntó.

Simón, que de nuevo miraba con los prismáticos hacia el Incaico, dejó de hacerlo, y movió la cabeza.

—Todavía no. Hay dos hombres en la cubierta, pero no son los que bajaron a bucear.

—Voy a bajar yo. Y recuerde lo que hemos hablado: si el yate se aleja en dirección a Ciudad Rosario, usted permanezca aquí, pero si ve que se acercan, escape a toda prisa, sin preocuparse por mí. No me gusta que me desobedezcan, Simón.

—Esa es otra de las cosas que sé perfectamente hace años.

—Pues téngala presente.

Brigitte se colgó de la borda, y se dejó caer silenciosamente al agua. Al entrar en contacto con ésta su ropa interior, únicas dos prendas que llevaba, casi se tornaron invisibles, y, asomado a la borda, Simón sonrió.

—Desde luego —aseguró—, no he visto nunca una mujer con un cuerpo tan apetitoso como el suyo.

—Cuidado con los de ese yate —refunfuñó Brigitte.

Y desapareció bajo las aguas.

# Capítulo VII

Le parecieron deliciosamente frescas, casi frías, considerando que hasta entonces, a pleno mediodía, había estado pasando calor. Bajó muy pronto a los ocho o diez; metros. Por encima de ella, la luz del sol penetraba las aguas, convirtiéndose en miles de rayos móviles, como otros tantos reflectores.

Sin la menor dificultad, la espía se orientó hacia el mar abierto y, acto seguido, en dirección a donde estaba anclado el yate Incaico. Llegó junto a éste tras cinco minutos de nadar sin pausa y sin prisa, con habilidad fruto de la experiencia. Vio la cadena del ancla, tensa, y comprendió que Fajeda y los otros dos todavía no habían regresado a bordo. ¿Estaban pescando? ¿Tomando fotografías? ¿Simplemente buceando, disfrutando del placer de hacerlo? A juicio de Brigitte, aquellos tres hombres no eran de los que perdían el tiempo en ninguna de estas tres cosas. Eran demasiado materialistas, indiferentes a todo aspecto sensible de la vida, seres que toman los placeres con avidez, y ahí terminaba todo.

Estaba indecisa, agarrada a la cadena del ancla, cuando, de pronto, vio al primero de ellos. Era uno de los amigos que habían estado con Fajeda la noche anterior en El Corsario. En seguida vio a Fajeda y al otro, juntos, nadando detrás del primero. Las aguas eran tan transparentes como el cristal, pero indudablemente los tres hombres no prestaban la debida atención a su alrededor, de modo que no la vieron. Y menos aún cuando, con ágil movimiento, se desplazó en el agua de modo que el yate quedó interpuesto entre ella y los tres buceadores.

Permaneció allí, inmóvil, tocando con ambas manos el casco del yate, hasta que éste, de pronto, comenzó a trepidar. Luego, oyó los crujidos y la cadena del ancla se tensó; el ancla comenzó a subir. Brigitte se apartó, comenzando a nadar hacia la costa. En el mal llamado mundo del silencio, oía perfectamente los motores del yate,

alejándose.

Finalmente, cuando ya estaba ante las rocas llenas de algas y moluscos incrustados a millones, dejó de oír los motores del Incaico.

¿Y bien?

Su idea inicial de sorprender a los tres hombres bajo el agua había fallado, de modo que su permanencia bajo el agua podía ser una pérdida de tiempo, ahora. Puesto que ellos se habían marchado, era absurdo suponer que podía saber dónde habían estado, y a qué se habían dedicado. Finalmente, la espía decidió que, puesto que disponía todavía más de veinte minutos de aire en el solitario tubo que llevaba a la espalda, iba a explorar aquella parte de la costa.

Tardó quince minutos en encontrar la oscura entrada, de la gruta. Y a decir verdad, se interesó por ella al tener en cuenta que por allá habían estado buceando tres hombres que, sin duda alguna, habían ido a hacer algo especial, no a pasar el rato nadando bajo el agua. La boca de la gruta era una mancha oscura. Pero por debajo, reflejándose en la arena de color rosa, llegaba el resplandor de la luz solar. Había una cueva interior, con un par de metros de aire, desde la superficie del agua hasta el techo de roca húmeda, rezumante. Luego, había otro punto oscuro, ya sin luz alguna. Brigitte nadó hacia allí, se sumergió y decidió nadar hacia delante durante un minuto nada más. Si no veía nada, volvería a mar abierto.

Pero ni siquiera había nadado cuarenta segundos cuando el techo de la roca que veía sobre ella desapareció, y comprendió que acababa de dejar lo que parecía una enorme tubería de roca, llena de agua, para aparecer en un lugar más alto, como el anterior. Subió a la superficie lentamente y apareció en ésta en completo silencio.

La sorpresa fue mutua.

Había una gruta, con una pequeña playa, iluminada por un gran reflector de luz solar colgando del techo de roca. Sentado en la playa en una extensible, leyendo una revista, había un hombre. Un chino. Brigitte lo vio al mismo tiempo que él la veía a ella, y, realmente, la sorpresa fue mutua…, pero con ventaja para la espía, porque el chino sonrió, se puso en pie y se acercó a la playita cerca de la cual había emergido la espía.

—¿Han olvidado algo que…?

Al mismo tiempo que Brigitte comprendía que el chino se estaba equivocando, que creía que era uno de los tres hombres, que volvía por algún motivo, el chino se daba cuenta de su error, y en su rostro hubo una transformación violenta. Su cabeza se volvió hacia la extensible en la que había estado sentado, y de la cual, en una esquina del respaldo, colgaba una metralleta. Sin vacilar, el chino empezó a correr en busca del arma, llegó a la extensible, descolgó la metralleta, se volvió… y todavía tuvo tiempo de oír el final del silbido del cuchillo, una fracción de segundo antes de que éste se hundiese, con sordo choque, en su garganta. Un sonido gutural brotó de la boca del chino, que dejó caer la metralleta, alzó ambas manos hacia el cuchillo, lo arrancó y cayó hacia delante, soltando un chorro de sangre por el agujero, que tiñó de rojo la arena.

El silencio era completo, las aguas de aquel lugar, más quietas que las de un lago, por estar estancadas sin aire de superficie, ni siquiera chascaban contra las rocas que las bordeaban. Baby se quitó las aletas de goma de los pies y salió a la playita. Lo primero que hizo fue recuperar el cuchillo, limpiarlo y colocarlo de nuevo en la funda. Luego, recogió la metralleta y miró hacia el fondo de aquel lugar sorprendente.

Segundos más tarde, enfilaba la entrada de la galería de roca. Y medio minuto después, desembocaba en el gran anfiteatro al que, por alguna parte del techo, llegaba el resplandor de la luz del sol. Sin sorpresa alguna, Brigitte miró hacia el techo, pero no pudo ver nada correctamente. El techo parecía una enorme porción de queso de Gruyere, agujereado por todas partes, y la luz del sol resplandecía en muchos de aquellos orificios. Por algunos de ellos colgaban hierbas…

Pero todo esto no tenía mayor importancia, porque la Naturaleza siempre tiene una sorpresa u otra para el ser humano, y Brigitte lo había aceptado hacía tiempo. Pocas cosas podían sorprenderle en este sentido. Pero la emisora que había montada allí dentro sí le sorprendió, pese a su larga experiencia en situaciones extraordinarias. La instalación era enorme, compleja, potentísima. En el centro se veía una antena telescópica, recogida, justo debajo de uno de aquellos agujeros del techo de roca en el que se veía la luz. Habían paneles llenos de mandos, cables, luces… No

hacía falta tener una inteligencia excepcional para comprender que aquella emisora era utilizada para difundir los mensajes de Bélico, pero… ¿cómo era posible que en Costa Rosa pensasen que era una emisora móvil que jamás podía ser hallada, si estaba allí, fácilmente localizable por medio de detectores adecuados?

Oyó voces, y unos golpes, como martillazos. Los golpes sonaban fuertes, metálicos, detrás de una de las grandes instalaciones metálicas. Metralleta, en mano, se deslizó hacia allí, y se asomó. De espaldas a ella, dos chinos, uno de ellos martillo en mano, estaban cambiando impresiones, señalando los remaches de una enorme conexión de cable con uno de los paneles. Sus sonidos guturales hicieron sonreír a Brigitte, que dijo, con un tono de voz melodioso, cantarín:

—Si los chinitos hablasen en español, la nena de ojos azules entendelía el ploblema.

El respingo de ambos orientales fue casi cómico. Dieron tal salto de sorpresa, que uno de ellos incluso perdió el equilibrio, chocó contra el cable, y cayó sentado. El otro, tras el respingo, alzó el martillo, enorme, y lo lanzó hacia Brigitte, que se apartó con toda tranquilidad, y con una agilidad que dejó al chino estupefacto. Acto seguido, dio unos pasos hacia él, alzó la metralleta como dispuesta a golpearlo en la cabeza, y cuando el chino se disponía a defenderse de este ataque, recibió un tremendo patadón entre las ingles que lo derribó fulminado, lívido como un muerto. El otro, aún sentado en el suelo, lanzó una exclamación, giró, se puso de rodillas, sacó la pistola…, y la ráfaga de metralleta lo alcanzó de lleno en el pecho, empujándolo violentamente por el suelo, hasta que llegó ante otra de las instalaciones.

Luego, el silencio absoluto.

Un minuto más tarde, la agente Baby, asombrada, sabía ya que no había nadie más allí. Pensando en el modo de controlarlo, se acuclilló junto al chino que había abatido de un puntapié en los, testículos, y, para su sorpresa, lo encontró muerto. Seguía en la misma postura, encogido, con la cara hundida en el suelo y las manos entre las ingles…

—¿Qué te parece? —Se pasmó la divina—. ¡Ni siquiera son lo bastante fuertes para resistir un puntapié! Casi es cosa de risa…

* * *

Dimas Fajeda emitió una risa gutural, ahogada.

—¡Es lo más divertido que he visto en mi vida! —exclamó.

Junto a él, su amigo Feliciano también rió, mirando, con otros prismáticos hacia tierra firme. El otro amigo, Álvaro, le quitó los prismáticos a Fajeda, para mirar a su vez. Detrás de los tres, los dos tripulantes del yate Incaico sonreían con indiferencia, mirando a simple vista, hacia Ciudad Rosario.

No se veía a nadie en el muelle, ni en parte alguna. Pero, alrededor de ellos, todo eran lanchas, yates, pesqueros, toda clase de embarcaciones que se hacían a la mar, para alejarse de la ciudad. Hacia el interior, con los prismáticos, podían verse las largas filas de personas que se alejaban también, escalando las montañas, para cruzarlas e interponerlas cuanto antes entre ellos y la cercana explosión de una bomba atómica que convertiría en cenizas prácticamente toda Ciudad Rosario.

Pero esto, en sí, podía quizá resultar más o menos gracioso. Lo que no tenía nada de gracioso, sin duda alguna, eran los cadáveres que quedaban en el camino. Se veían un par de autobuses volcados, personas de edad avanzada arrolladas por coches que conducían, no ya sus propietarios, sino aquellos que se habían dado buena prisa en robarlos para utilizarlos, a fin de escapar cuanto antes de la ciudad. Se habían cometido atropellos, habían sucedido accidentes de toda clase… Alrededor de Ciudad Rosario, doscientas mil personas estaban formando círculos cada vez más alejados, ya fuese por tierra o por mar. En varios puntos de la ciudad, se veían delgadas columnas de negro humo, señalando los lugares donde los cortocircuitos eléctricos habían producido incendios destinados a extenderse si no eran sofocados con urgencia. Una gran nube de polvo estaba ya sobre Ciudad Rosario, y el griterío era ensordecedor…

Divertidísimo.

Algunas pequeñas embarcaciones chocaban contra el casco del Incaico, pero a bordo de éste nadie se preocupaba, porque sabían que aquellas gentes asustadas no tenían la menor posibilidad de escalar el casco hasta la borda, y ciertamente, no iban a entretenerse en busca de un medio para hacerlo, sino que seguirían

huyendo a toda prisa, aunque fuese a nado… ¡Cualquier cosa antes de perder un solo segundo del poco tiempo que les quedaba de fuga! ¿Cuál sería el radio de alcance de los efectos de la bomba atómica que caería sobre Ciudad Rosario? ¿Un kilómetro? ¿Dos? ¿Diez, veinte, cincuenta…? ¡Cuanto más lejos estuviesen de allí, mejor!

—Es fantástico —rió Álvaro—. ¡En mi vida he visto un pánico semejante!

—¿Qué? —Adelantó la cabezota Dimas Fajeda.

Entre el griterío que parecía imposible de dominar, como el de una gigantesca colmena, Álvaro pudo hacerse oír, gritando de nuevo, con más fuerza.

—¡Que en mi vida he visto un pánico como éste! ¡Corren como conejos!

Feliciano emitió una risita aguda, sin dejar de mirar con los prismáticos. Fajeda le quitó de nuevo los suyos a Álvaro, y volvió a mirar hacia las montañas. Álvaro estuvo mirando a simple vista hasta donde podía alcanzar.

De pronto, algo le tocó en la espalda, con fuerza… Se volvió a tiempo de recibir en los brazos a uno de los tripulantes, que quedó con el rostro hundido en su pecho, mostrando la gran brecha sangrienta en la parte superior de la cabeza. Un poco más allá, el otro tripulante yacía en el suelo, despatarrado, como se ponían los turistas del Norte para tomar el sol.

De pie junto a este tripulante, con una metralleta todavía envuelta o metida en una bolsa de plástico, había un hombre grueso, con facciones y tipo del país. De pie frente a Álvaro, mirándole con una frialdad jamás vista antes en ojos de ser humano alguno, había una hermosísima mujer de grandiosos ojos azules, vestida únicamente con sujetadores y pantaloncitos, ambas prendas casi transparentes por estar mojadas.

La sorpresa fue tal que Álvaro no llegó a pronunciar ni una sola palabra.

La hermosísima mujer no le dio tiempo.

Con la mano derecha le aplicó un tremendo tanagokoro *tsuki* en la barbilla, con toda naturalidad. Parecía un golpe sin importancia, breve, seco, apenas un empujoncito…, pero cuando la base de la palma de la mano, llegando directa a su barbilla, golpeó en ésta

como un émbolo a presión, Álvaro tuvo la impresión de que dentro de su cabeza estallaba una granada; todo saltó dentro, todo su cuerpo se estremeció, todo retumbó y crujió. En una fracción de segundo. Una fracción de segundo que separó a Álvaro de la vida. En una fracción de segundo, y con un solo golpe, pasó de aquella «divertidísima» vida que estaba llevando, a la más negra muerte.

Cayó de espaldas contra Feliciano, que lanzó una maldición y se volvió, iracundo, bajando los prismáticos.

—¿Qué dem…?

El *tetsui* le alcanzó en lo alto de la cabeza. Feliciano vio a la mujer, vio su gesto, su puño en el aire, bajando, como para descargarle un martillazo en la cabeza. Y eso fue simplemente lo que sucedió: que el martillo le alcanzó en el centro de la cabeza, partió el cráneo como si fuese de galleta, y produjo la muerte instantánea en el «divertidísimo» personaje, que se derrumbó hacia atrás, pasó por encima de la borda, y cayó al agua.

Dimas Fajeda, que no se había enterado de nada, pues seguía contemplando el «espectáculo» y el rugir de la multitud y de los motores lo ensordecía todo, tuvo la sensación de algo muy cercano moviéndose hacia abajo, y descendió la mirada. Pudo ver a Feliciano cayendo al agua, y esto le causó risa.

—¡Hey! —gritó alegremente—. ¿Qué estás haciendo? ¿Acaso tienes tanto calor que…?

Se calló de pronto. Feliciano no se movía, no reaccionaba de ningún modo, sino que se iba hundiendo, lentamente, con la cara metida en el agua. De pronto, como si se convirtiese en piedra, se fue al fondo rápidamente. Dimas Fajeda quedó atónito unos segundos. Luego, todavía boquiabierto, se volvió.

—¡Feliciano ha caído a…!

En sus diminutos ojos, porcinos hubo una brusca crispación al ver al hombre de la metralleta, que, en principio, atrajo su atención más que la mujer. Luego, reparó en la belleza de ésta, y en la mucho mayor frialdad de sus hermosos ojos.

—¿Decía usted algo, Bélico? —preguntó la mujer.

—¿Quién es usted? —gritó Fajeda.

—Lo que importa es quién es usted. Y es Bélico, el repugnante personaje de la voz melodiosa. Vamos adentro.

—¡No voy a…!

¡Plaf!, resonó la tremenda bofetada en la faz de Fajeda. Éste osciló hacia atrás, lanzó un rugido de furia, y se abalanzó contra la mujer… Ella se inclinó, Fajeda cayó sobre sus hombros de bruces, y un instante después salía despedido hacia arriba, como un feo pelele.

El batacazo contra la cubierta, tres metros más allá, fue espantoso. Dimas Fajeda quedó sin aliento, con la boca desencajada, los ojos desorbitados…, hasta que otra bofetada le hizo recuperarse con facilidad asombrosa. Una delicada manita le asió de la ropa, y le puso en pie. Otra mano le asió de la ropa. Fajeda tenía la sensación de estar notando en un extraño mar, cuya corriente la dirigía aquel par de bellas manos que le asían de la ropa, moviéndolo de un modo extraño, desequilibrándolo de un modo sorprendente, como nunca en su vida había sentido el desequilibrio.

Y en ese desequilibrio estaba, cuando le pareció que la mujer desaparecía debajo de él, pero de tal modo que la cadera derecha de ella se hundió en su vientre, mientras con las manos lo atraía, como para hacerlo cabalgar precisamente sobre aquella cadera, colocada de lado… Al instante siguiente, Dimas Fajeda era objeto del más espectacular y tremendo *uchi mata* de la historia del Judo. Salió disparado como una bala de cañón, fue a dar de cabeza y de espalda contra los mamparos, rebotó, y quedó tendido cara al cielo, con los ojos bailándole en las órbitas, sin saber lo que le estaba ocurriendo. De pronto, volvió a sentirse alzado, y una voz le dio en el rostro, con un viento de aire frío:

—Yo te enseñaré a reír, criminal.

Fajeda sólo supo que volvió a notar aquel desequilibrio, que se sintió un instante alzado, que luego dio una vuelta, y que al instante siguiente, todo su cuerpo se estremecía por el batacazo, y que notaba un horrible dolor en las rodillas. Jamás sabría que había sido proyectado implacablemente en un *tsuri komi goshi* de judo, que estuvo a punto de romperle ambas rodillas. Volvió a ser alzado, vio aquel rostro, aquel par de ojos azules, y de nuevo comenzó a sentir aquel desequilibrio, aquella especie de mareo, aquella sensación de estar flotando…

—¡Lo va a matar! —Oyó la voz del hombre.

La sensación de desequilibrio cedió. Fajeda se encontró con los dos pies firmemente asentados en la cubierta. Pero acto seguido,

recibió el rodillazo en los testículos, como un bombazo. Su cabeza giró, sus ojos se cerraron, sus rodillas tocaron de nuevo el suelo, y finalmente, quedó tendido de bruces, sin sentido.

# Capítulo VIII

Abrió los ojos, parpadeó luego varias veces, se removió, suspiró. Quedó como aletargado… De pronto, en una fracción de segundo, lo recordó todo, todas las piezas se pusieron bien en su cabeza. Respingó, se sentó, mejor a toda prisa…, y vio a las personas que estaban ante él.

Inmediatamente reconoció a una de ellas: Hilarión Ros, el jefe de servicio secreto activo de Costa Rosa. Tras él había dos hombres más. A su lado, igualmente de pie, el hombre de la metralleta. Fajeda miró hacia la derecha y, sentada en el extremo del diván corrido de la salita del yate, es decir, en el mismo sitio que él, y muy cerca, vio a la mujer de los ojos azules. Ella estaba vestida ahora, fumaba sosegadamente un cigarrillo, y su mirada se perdía, como atravesando el casco del Incaico.

—¿Me conoce? —preguntó de pronto Hilarión Ros.

—Sí —le miró Fajeda.

—Mejor. Yo no tenía el disgusto de conocerle a usted, pero ahora le conozco, gracias a la señorita… Margarita Cervantes.

Fajeda respingó, y miró sobresaltado a Baby, que parecía no estar allí; al menos, mentalmente.

—En efecto —siguió Ros el hilo de los pensamientos de Fajeda—, ella es la que inició todo el ataque que ha determinado su derrota final, Bélico.

—Está loco —murmuró Fajeda—. Yo no soy…

—Es inútil que lo niegue. Ella le estuvo vigilando, y ha estado también donde tienen la emisora instalada, en la gruta. Los tres chinos que habían allí, encargados de la vigilancia y el mantenimiento de las instalaciones, están muertos, y la emisora está en poder de mis hombres en estos momentos…, espero. En realidad, sólo hay dos cosas que desconozcamos y que nos interesen. Una; ¿para quién está usted trabajando, o sea, de quién recibía usted

instrucciones? Dos: ¿Cómo es posible que una emisora pueda trabajar dando la impresión de ser móvil, y estar, en cambio, siempre fija en un sitio, como es esa gruta? Estas dos preguntas, claro está, las iremos desmenuzando de acuerdo a sus respuestas, hasta formar un conjunto informativo que nos satisfaga.

—¿A cambio de qué? —musitó Fajeda.

—A cambio de nada —le miró de pronto Brigitte.

—Entonces, nada diré.

Una expresión que a Fajeda le pareció maligna, perversa, apareció en los azules ojos de la bellísima mujer.

—¿Qué quiere decir que no dirá nada? ¿Que se niega a contestar a nuestras preguntas?

—Sí.

—Asombroso —rió la divina—. Será mejor que lo piense, Bélico. En estos momentos, Ciudad Rosario es una ciudad que podríamos llamar fantasma… Como en los viejos tiempos del Oeste norteamericano, cuando en un día aparecía un pueblo y al día siguiente quedaba abandonado, al percatarse sus habitantes de que allí no había oro, ni plata. Yo diría que no quedan en Ciudad Rosario ni cien personas. Y las que quedan, o no se han enterado de lo que sucede, o tienen más valor que las demás, o se ven obligadas a dar ejemplo, pase lo que pase. Por lo demás, ni un alma en Ciudad Rosario… ¿No se da cuenta del profundo silencio?

—No… No.

—Súbanlo a cubierta —dijo Brigitte, poniéndose en pie.

Subieron los seis. En la cubierta, habían tres hombres más, armados, que miraron de un modo extraño a Fajeda. Éste miró hacia la ciudad, y no pudo evitar un estremecimiento. En varios puntos se veían columnas de humo, y, diseminados, algunos cadáveres, sin duda alguna pisoteados, atropellados, arrollados. El silencio era impresionante. Ya, ni siquiera se veían personas por las montañas del fondo, escalándolas, ni saliendo por carreteras a pie o en vehículo, ni escapando en cualquier tipo de embarcación, o a nado, o como fuese.

No se veía a nadie más qué a los pocos muertos. No se oía nada…, salvo el profundo y terrible silencio, que tenía un extraño sonido, un rumor en los oídos de Bélico Fajeda: el rumor de su propio cuerpo latiendo y viviendo. Incluso el mar estaba inmóvil,

como si se le hubiese rociado con aceite.

Fajeda miró a Brigitte, y se pasó la lengua por los labios. La espía señaló hacia la ciudad.

—Es una experiencia nueva para mí. Pero eso es lo único nuevo. Lo demás, sea cual fuere la sucia jugada que usted y sus amigos o jefes hayan tramado, no será nada nuevo en mi archivo. Usted es moraguense, ¿no es así?

—Sí.

—También lo eran Sebastián, José, Narciso, Orlando Picas, Miguel Ruiz, sus amigos de este yate… Todos son de Moragua. ¿Cierto?

—Sí… Cierto.

—Usted tenía establecida una cadena, que llamaremos de seguridad, para recibir instrucciones especiales. Cuando era necesario que éstas le llegasen a usted, alguien se veía con Sebastián; alguien que Sebastián no sabía tampoco quién era. Un hombre que le daba un sobre. Sebastián lo llevaba al hotel La Galera, a nombre de Orlando Picas, y éste, cuando lo recibía, le llamaba a usted a El Corsario. Entonces, usted seguía instrucciones de ese hombre desconocido… ¿O no es desconocido para usted?

—Sí. No sé quién es.

—Pero sí sabe de dónde provienen las instrucciones.

—No… Yo tenía ya un programa establecido de emisiones, sabía lo que tenía que decir cada día. Las instrucciones sólo me llegaban ocasionalmente, si había que decir o hacer algo especial.

—¿Y no sabe quién le enviaba esas instrucciones?

—No… No.

Brigitte Montfort entornó los ojos. Estuvo unos segundos como distraída, contemplando el mar. De pronto, volvió a mirar a Fajeda.

—¿Qué significa el hecho de que en la gruta de la emisora hubiera personal de raza china?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que nunca encontrasen los de Costa Rosa una emisora que está fija, creyendo al mismo tiempo que es una emisora móvil, lo que usted también aseguraba en sus emisiones?

—No sé.

Dimas Fajeda sintió un intenso frío cuando Brigitte le miró fijamente de nuevo. Ella estuvo así unos segundos. Luego, se volvió

al hombre de la metralleta.

—Vamos a zarpar, Simón. Y que alguien me traiga un cuchillo de la cocina del yate… Y una cuerda de nylon, larga, fuerte.

—¿Qué piensa hacer? —se interesó Simón.

—Vamos a pasear a Bélico por el mar.

—¿Cómo, a pasearlo…?

—Le vamos a atar las manos a la espalda, le ataremos los pies, y lo descolgaremos por ellos al mar; luego, zarparemos, y lo iremos arrastrando, sin prisas, mar adentro. A menos que Hilarión sepa un sitio donde tengan preferencia por reunirse los tiburones.

Hilarión Ros miró a Fajeda, que había palidecido, y sonrió.

—Sé de un sitio muy bueno; de aguas claras y no demasiado profundas donde siempre hay tiburones. No sé de nadie que haya tenido narices de nadar en esa bahía. Bueno, su nombre es Bahía Tiburones, ¿comprende? De todos modos, son bichos más bien pequeños, y no creo que se decidan a atacar a este hombre.

—Le atacarán —dijo muy tranquila Brigitte—. Le atacarán en cuanto huelan la sangre, ya verá.

—¿Qué Sangre?

—La que brotará de la cabeza de Bélico cuando antes de echarlo al agua le cortemos las orejas.

Dimas Fajeda quedó no ya pálido, sino lívido, demudado el rostro. Los demás quedaron silenciosos, hasta que uno de los hombres de Ros, tras estremecerse, dijo:

—Voy a ver si encuentro un cuchillo bien afilado, señorita Cervantes.

—Gracias, Alfredo.

—Traeré una cuerda —dijo Simón.

Las rollizas piernas de Bélico comenzaron a temblar… Otro de los hombres de Hilarión Ros se dirigió a la cabina de mandos del yate, tras mirar interrogante a Margarita Cervantes, que asintió con plácido gesto.

—No lo harán —jadeó Fajeda—. ¡No harán eso!

Los Ojos azules volvieron a fijarse en él. Y de nuevo vio Fajeda en ellos aquella expresión perversa, escalofriante.

—No lo harán —movió la cabeza—. No, no, no… ¡No!

La mujer que él conocía con el nombre de Margarita, ni siquiera se molestó en contestar. Simón regresó con un largo cabo delgado y

resistente, de nylon blanco, y se quedó mirando a Fajeda. El hombre de Ros apareció a los pocos segundos, con un gran cuchillo de cocina.

—¿Quiere que se las corte yo, señorita? —se ofreció.

—No, gracias, Alfredo. Lo haré yo misma, pero cuando estemos a punto de echarlo a la bahía, no sea que antes de llegar allá se desangre, y entonces ya no le quedase en el cuerpo sangre para que la diesen los tiburones. Átenlo bien, ya saben cómo: con las manos a la espalda, y por los pies, de modo que al arrastrarlo…

—¡Noooooo…! —chilló Fajeda—. ¡No, no, noooooo…!

—¡Qué desagradables son los gruñidos de un cerdo en un bello silencio como éste! —Se disgustó Brigitte—. Amárrenlo bien.

—No, no… Se lo diré —las piernas de Fajeda terminaron su temblor cuando el repugnante personaje, incapaz de contenerse más tiempo, cayó de rodillas—. Se lo diré. Los de Costa Rosa no podían encontrar nunca la emisora móvil, porque…, porque no existe tal emisora móvil: son cinco emisoras poderosas, fijas y bien ocultas en otros tantos puntos convenientes del país.

—Eso vale mucho dinero —musitó Baby—. ¿Quizá han sido financiadas por los chinos?

—Sí… Sí.

—¿Hay alguna emisora de ésas a la que podamos llegar antes de setenta y ocho minutos? —preguntó la espía, tras consultar su relojito.

—Sí. Tres de ellas. La de la gruta y las…

—Dejaremos la de la gruta. Quiero ir a una de las de tierra firme. La más cercana. ¿Hay personal chino en todas ellas?

—Sí. Tres hombres en cada una…

—Puedo reunir… —empezó Hilarión Ros.

—No —le atajó Brigitte—. Ya basta de muertes: yo me encargaré de los tres chinos de la emisora que elijamos, con mis cápsulas de gas. No es problema.

—De acuerdo. Pero no entiendo para qué quiere ir ahora a una de esas emisoras. Lo que tendríamos que hacer es obligar a Bélico a decirnos quién dirige esto, e ir por ésa o ésas personas, ¿no le parece?

—Habrá tiempo de todo. Lo primero es informar al pueblo de la verdad. La verdad de la manipulación psicológica de qué han sido

objeto por el terror, quién la ha dirigido y por qué, y sobre todo, decirles que no va a ser lanzada tal bomba atómica, que todos regresen con tranquilidad a sus hogares, y que aprendan, con la, dura lección, de hoy, a respetar las vidas ajenas en cualquier situación. La lección ha sido dura, sí, pero quizá sirva de ejemplo para el mundo. Quizá muchos vayan despertando, se vayan dando cuenta de que están siendo manipulados en mayor o menor grado y que, mientras no se den cuenta y se respeten unos a otros, así seguirá sucediendo. Esto es lo primero que hay que hacer. ¿Y sabe quién va a ser el hombre que habrá resuelto esto, Hilarión?

—¿Yo? —Casi gimió Ros.

—Como ve, yo siempre cumplo mis promesas: pase lo que pase, nadie dudará en elegirlo como jefe de espionaje en las altas esferas de Costa Rosa. Y ahora, vamos en busca de esa emisora. Por el camino, Bélico, usted y yo tenemos mucho que hablar y preparar… Y no es tiempo lo que nos sobra, después de todo.

# Capítulo IX

—Se acaba el tiempo, señor presidente: quedan solamente veinte minutos. Lo justo para abandonar la ciudad, para quedar fuera de los efectos de la bomba cuando estalle.

Senén Tortajada, sentado en la presidencia de la gran mesa del Salón del Consejo, movió negativamente la cabeza.

—Ya he dicho que yo me quedo.

Habían hombres en total en el Salón del Consejo. Todos ellos, sudando ya de angustia. Habían aguantado junto al hombre que prefería morir antes que abandonar su puesto, pero… todo, tiene un límite. Era absurdo dejarse asesinar por una bomba atómica.

—Señor presidente, creo que debería usted…

—Márchense todos, si lo desean. Yo, me quedo. Pero si salimos con bien de esto, espero que acepten mi decisión de aceptar la ayuda que China nos ha ofrecido en estos últimos días. Si la hubiésemos aceptado desde el principio, nadie se habría atrevido a realizar este ataque. ¿No es así, señor Hue?

El chino que estaba sentado, impávido, a la derecha de Senén Tortajada, movió afirmativamente la cabeza.

—Así lo pienso, señor presidente. Hoy en día, nadie sería tan loco para enfrentarse de este modo a un aliado de China. Nuestra oferta sigue en pie: podemos instalar en Costa Rosa veinte mil hombres de nuestros ejércitos en menos de veinticuatro horas. Y a partir de ese momento, comprobarían ustedes que cesaría toda esa estupidez del terror psicológico y la locura de disparar una bomba atómica contra Ciudad Rosario. Por otra parte…

—Bien, bien, bien —le interrumpió un miembro del Consejo, nerviosísimo, como todos los demás—. Ya hablaremos de eso en otra ocasión. ¡Ahora, marchémonos de aquí!

—Es inútil, Ibáñez —le miró Tortajada—: ya he dicho que yo me quedo.

—Señor Hue —miró Ibáñez al chino—: convenza al señor presidente para que se venga con nosotros.

Hue se permitió una leve pero simpática sonrisa.

—Me parece que voy a quedarme con su presidente, señor Ibáñez.

—¿Está loco?

Hue no contestó. Los miembros del Consejo todavía vacilaron unos segundos más, hasta que uno de ellos, para mirar de nuevo el reloj. Con ese simple gesto, puso en movimiento a todos los demás hombres… Y en un instante, Senén Tortajada y el chino Hue quedaron solos. Durante un minuto, permanecieron inmóviles. Por fin, Hue miró el bonito aunque un tanto recargado reloj del salón.

—Sólo faltan dieciséis minutos para que caiga la bomba atómica sobre Ciudad Rosario —dijo.

Tortajada le miró, apretó los labios…, y de, pronto, se echó a reír. Hue le imitó, y se puso en pie.

—Me parece que estamos solos en la casa, señor presidente. ¿No escucha usted qué profundo silencio?

—¿Se puede escuchar el silencio? —sonrió Tortajada.

—Desde luego que sí. Mejor dicho: siempre hay algo que suena en lo que nosotros llamamos silencio, ya que el silencio absoluto no existe. ¿Me invita a un aperitivo en su despacho?

—Con mucho gusto, señor Hue.

Abandonaron el Salón del Consejo y fueron a acomodarse en el despacho del presidente de Costa Rosa, quien, de un profusamente decorado y tallado armario de madera noble, sacó dos vasos y una botella. Cuando Hue probó el aperitivo, movió la cabeza con un gesto de aprobación.

—Aunque siento respeto por las costumbres austeras de mi pueblo, debo admitir que Occidente ha sabido crear cosas agradables… Cosas que vale la pena tener, Y usted, señor presidente, las va a tener todas muy pronto.

—Ya las tengo —sonrió Tortajada.

—Sí… Como presidente de Costa Rosa, ha conseguido reunir una agradable fortuna, pero la presidencia habría terminado para usted un día u otro si yo no hubiese intervenido. En cambio, a partir de ahora, usted será un héroe, y en seguida, cuando firme el pacto con China, el salvador de Costa Rosa. ¿Quién osará molestar a Costa

Rosa después de que el heroico presidente Tortajada haya firmado el acuerdo, el pacto de amistad y ayuda mutua con China? ¿Quién se atreverá a invadir Costa Rosa sabiendo que habrá en el país veinte mil soldados chinos?

—Quizá Estados Unidos.

—No. Ahora, los dos pertenecemos, a la ONU. Estados Unidos no puede invadir un país con el que China ha firmado pacto de amistad y ayuda mutua…, a menos que pretenda iniciar la Tercera Guerra Mundial, cosa que dudo. Nos quedaremos aquí. Y a cambio de eso, según lo prometido, lodo será preparado de modo que, período tras período, el heroico presidente Tortajada sea elegido y reelegido para el cargo. Usted mandará, nosotros estaremos, por fin, en América.

—Y dentro de poco, cuando de acuerdo a lo prometido, ustedes, con mi apoyo, coloquen a Dimas Fajeda en el poder en Moragua, tendrán otro país más en el que instalarse, con otros quince o veinte mil hombres, que irán trayendo mujeres, niños…

Hue asintió. Y se quedó largo rato mirando al trasluz la copa de aperitivo, en silencio. Por fin, musitó:

—Hace mucho tiempo que lo estamos intentando, que estamos buscando el modo de conseguir una… plataforma china en América, pero en cada ocasión, algo ha sucedido que nos lo ha impedido. En algunas de esas ocasiones, ha sido una mujer la que ha desbaratado los planes más elaborados que pueda usted imaginarse… Una mujer norteamericana, agente de la CIA, a la que se conoce en el mundo del espionaje con el nombre de Baby. Por fortuna, parece que esta vez no ha intervenido. Podemos…

—De todos modos, algo pasó con una mujer.

—¿Qué? —Respingó Hue.

—Me lo dijo mi secretario, Cosme Lujan, antes de que, ya cumplidos todos sus servicios de intermediario con Sebastián y con Fajeda, usted lo eliminase… A propósito: ¿está seguro de que nadie encontrará su cadáver?

—Descuide. ¿Qué le dijo Lujan sobre una mujer?

—No era norteamericana. Se llamaba, o se llama, pues no sabemos qué ha sido de ella, Margarita Cervantes. Llegamos a la conclusión de que escapó de una encerrona, pero herida posiblemente por Sebastián y dos hombres que llevó allá. Cosme

Lujan, que les esperaba para llevarla a un lugar adecuado para interrogarla, vio que Margarita Cervantes llevaba prisionero a Sebastián, así que disparó contra ella, pero algo extraño pasó, y mató a Sebastián. Ella se escondió, y Lujan no quiso arriesgarse. Había matado ya a Sebastián, así que mató también a Narciso y a José y se marchó.

—¿Y no ha vuelto a ocurrir nada con ninguna mujer?

—Que yo sepa, no.

—De todos modos debieron avisarme de eso… ¿Cómo se inició?

—Con un anuncio. Usted y sus hombres estaban fuera del país, aunque en camino hacia aquí, procedentes de China, adonde fueron a recibir las últimas instrucciones. Cuando llegaron, todo había pasado, y no me pareció ni siquiera interesante comentarle el asunto de la tal Margarita Cervantes.

Hue se quedó mirando fijamente a Tortajada. Luego, sonrió, y movió la cabeza.

—Realmente, no hay que fantasear tanto con esa mujer. El límite existe para todos en todos los aspectos, más pronto o más tarde. ¿Cuánto falta?

—Ocho minutos… y algunos segundos —dijo Senén Tortajada tras mirar su reloj de pulsera.

—Bien… Dentro de ese tiempo, Bélico se dirigirá al pueblo costarosense por la radio, para decirle que el lanzamiento de la bomba ha sido aplazado cuarenta y ocho horas. Ese es el tiempo de que dispondrá usted para convencer definitivamente a su Gabinete de que acepten la llegada de los veinte mil soldados chinos. Esperamos que les resulte más fácil convivir con nosotros que con el terror.

—Sin duda alguna. Yo siempre me reía cuando me hablaban de «torturas chinas», pero, realmente, Hue, ustedes son maestros en estas cosas.

—Las torturas chinas, señor presidente, se refieren, me imagino, a torturas físicas, pero, realmente, éstas carecen de importancia comparadas con las torturas mentales. La masa humana es lo más fácil de manejar: lo que siempre en ella en el momento oportuno, allá quedará para siempre. Incluso, el terror psicológico. Una vez se ha experimentado ese terror, basta pulsar determinado recuerdo para que el terror se reproduzca. Por eso, en Pekín decidimos

utilizar este sistema en el actual intento de instalarnos en América: si llega el momento, sólo tenemos que recordarles el terror psicológico que una vez padecieron, y eso les hará revivir sus horas, sus días de angustia. Es curioso lo que la mente humana… ¿No oye usted un rumor?

—No —se sorprendió Tortajada—. Estamos solos en la casa. Y en la ciudad. Siga, por favor. Es muy interesante lo que dice.

Hue estuvo unos segundos escuchando, todavía. Sonrió por fin, movió la cabeza, y prosiguió:

—Le decía que es curioso lo fácil que resulta controlar la mente humana. En realidad, se ha llegado a la conclusión de que los cerebros son como… *cassettes,* en los que se graba algo y ya queda para siempre allí. En los *cassettes* industriales, una grabación puede ser borrada, y efectuar otra encima. Esto no sucede en las mentes humanas: el nivel de inteligencia, o quizá de conocimientos, es tan bajo que, cuando se aprende una cosa, ya nunca se la sustituye por otra. Y así, siempre se reacciona de acuerdo a lo que se aprendió en determinado momento. Me estoy refiriendo, claro está, a personas cuya vida es controlada desde el principio por altos dirigentes de masas, que se sirven de ellas, y que graban en esas mentes el programa que les interesa en el momento oportuno. Generalmente, la niñez. Si un niño aprende que el comunismo es bueno y el capitalismo es malo, toda su vida fruncirá el ceño cuando oiga hablar de capitalismo, le parecerá que se pronuncia una palabra… pecaminosa. Para cambiar de postura en la vida, para aprender cosas nuevas, hay que ir elevando el nivel mental de las personas. De lo contrario… Estoy seguro de que oigo un rumor cada vez más fuerte.

Hue se puso en pie, y se acercó a la ventana. Desde allí, en efecto, oyó ahora con toda claridad el fuerte rumor de algo que se iba acercando. Al volver la cabeza, vio a Tortajada a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el presidente de Costa Rosa, futura colonia china.

—No lo sé. Parece rumor de motores de coches… Y de gente.

—No es posible.

Permanecieron callados de nuevo. Y a cada instante, el rumor era más y más fuerte. La casa estaba en el centro de la ciudad, y hasta allí, por todas panes, iba llegando a cada instante con más

fuerza el rumor. Rumor de vida, de movimiento.

—Ponga la radio —exclamó Hue.

—Todavía no son las tres de la tarde, y hasta esa hora, Bélico no hablará al pueblo para decirle lo del aplazamiento del disparo.

—Ponga la radio. Algo está sucediendo… Algo inesperado.

Senén Tortajada puso en marcha la radio de su despacho. Al poco, comenzó a oírse la bella voz de Bélico, tan diferente de su aspecto físico:

> *—… tuación creada por personas que tienen intereses muy especiales. Una vez más, voy a repetiros la explicación, costarosenses. No habrá invasión. No habrá control sexual, ni virus, ni nada de nada. Ni siquiera bomba atómica. A las quince horas, yo debería anunciar que el disparo había sido aplazado, pero, pero, evidentemente, nadie pensaría que esto estaba ya en conocimiento de vuestro presidente, Senén Tortajada, y por lo tanto, él quedaría como el más grande y valiente héroe de toda la historia de Costa Rosa. Y dentro de veinticuatro horas, o menos, os habría convencido para que aceptaseis la ayuda de China. Os está hablando Bélico, ahora vuestro amigo. Escuchadme bien, y avisad a todos vuestros amigos para que enciendan las radios, pues estaré el resto del día repitiendo esta información. Tranquilizaros, nada va a ocurrir. Regresad a vuestros hogares, recoged a los muertos, avergonzaros, aprended la lección. Pero nada os va a ocurrir. Solamente habéis sido manipulados por medio del terror psicológico, que forma parte de un plan elaborado en Pekín y que ha traído a Costa Rosa un chino llamado Hue, amigo de Senén Tortajada, el cual…*

Senén Tortajada, que había estado como petrificado oyendo aquellas palabras que significaban la gran hecatombe para él, se volvió hacia Hue, demudado el rostro.

—Nos ha traicionado. ¡Bélico nos ha traic…!

Sólo entonces se dio cuenta de que Hue tenía una pistola en la mano. Abrió mucho los ojos, alzó las manos poniéndolas ante su rostro, y abrió la boca para pedir clemencia, para pedir la vida…

Plop, chascó la pistola de Hue.

La bala atravesó la mano derecha de Tortajada, y entró en su boca, clavándose en la garganta. El presidente cayó hacia atrás,

rodó sobre la nuca, y quedó tendido de bruces. Hue se acercó a él, le apuntó a la nuca y volvió a disparar.

Guardó la pistola, salió corriendo del despacho, ya sin hacer el menor caso a la bella voz de Bélico, y se lanzó hacia las escaleras. Llegó a la planta baja, corrió hacia la puerta sur del edificio y fue hacia el garaje, ciego y sordo a todo. Sólo había un pensamiento en su mente: escapar, sobrevivir. Posiblemente, Hue había sido programado así: sobrevivir, por encima de todo. Y no se daba cuenta de que su supervivencia ya no era posible.

Sólo lo comprendió, y muy bien, cuando al salir del recinto ajardinado de la casa, sus oídos admitieron, por fin, aquel fortísimo rumor. Rumor de vida, rumor de gente, rumor de personas que regresaban. Regresaban con los nervios destrozados, los cuerpos cansados, resonando en el aire, por todas partes, la información que brotaba de cientos, de miles de aparatos, la mayoría a transistores *made in* USA.

Sólo cuando la gran masa de gente apareció, y vio que ni siquiera con el coche podría ir a ninguna parte, Hue comprendió que su carrera por la vida había terminado.

Y cuando vio que la masa señalaba hacia él, y oyó el grito común de ¡ése debe ser el chino, ése es el chino, ha salido de la casa!, y vio aquellos cientos de personas corriendo hacia él, Hue se estremeció de terror. De terror psicológico, al comprender lo que iban a hacerle, lo que podían hacerle, lo que deseaban hacerle.

Entonces, sacó la pistola, metió el silenciador dentro de su boca y apretó el gatillo.

# Este es el final

—... De todos modos, lo despedazaron —dijo Simón—. El coche quedó convertido en chatarra, y el cuerpo del chino Hue... Bueno, no fue posible encontrar todos los pedazos, si quiere entenderme. En cuanto a Senén Tortajada, es evidente que Hue lo asesinó antes de huir.

Brigitte Montfort asintió con la cabeza.

—¿Está todo solucionado? —preguntó—. ¿Mi pasaje de avión a Ciudad México...?

—Todo, todo, todo —aseguró Simón—. Incluso le he traído las plumas de pavo real que compró a los indios del interior anoche. Sólo tiene que salir de aquí, abordar el helicóptero que Ros ha puesto a disposición de usted, y desplazarse al aeropuerto. El avión sale a las diez y cuarto de la noche, de modo que nadie la verá, salvo sus compañeros de viaje. Ha llegado, se marcha, y eso es todo. Me pregunto qué hará el Gobierno costarosense con estas potentes emisoras.

Señaló la que había en la vieja choza que tiempo atrás había sido utilizada por cuadrillas de campesinos para dormir durante los días que duraba la recolección del café. La emisora tenía tal envergadura que ocupaba toda la enorme choza-dormitorio. Los tres chinos que habían estado allí, viviendo tranquilamente, habían sido retirados por los hombres de Hilarión Ros.

Brigitte movió la cabeza.

—No tengo ni la menor idea. Ni me interesa. Bueno, salgamos ya; Bélico debe estar impaciente ahí fuera, esperando saber lo que va a ser de él.

—Hablando de interrogantes. ¿Puedo saber para qué demonios quiere usted plumas de pavo real?

—Por supuesto que sí —sonrió encantadoramente Brigitte Montfort—: tengo un amigo que le gusta mucho hacer el indio, así

que le voy a regalar esas plumas para que se las ponga en la cabeza. Así parecerá más indio.

Simón se quedó mirándola como si temiera ser objeto de una tomadura de pelo. Pronto comprendió que no era así, y optó por echarse a reír.

—Bueno, de todos modos, me gustaría ser ese amigo suyo, en el que piensa usted. ¡Debe ser estupendo tenerla como amiga!

—Usted debe saberlo, ya que se halla en esa circunstancia, Simón.

El espía parpadeó, desconcertado. Cuando comprendió las palabras de Baby, ésta ya había salido de la choza, y caminaba hacia el helicóptero. Pero vio el grupo de hombres que esperaban cerca de la cabaña, con Dimas Fajeda prisionero, y desvió con naturalidad sus pasos. En la oscuridad, destacaron los relucientes ojos pequeños, porcinos, de Dimas Fajeda.

—Adiós, Bélico —se despidió Baby.

—Les he ayudado —jadeó el locutor clandestino, el hombre que se había reído de un pueblo y de sus muertos; arrollados por la masa enloquecida por el terror psicológico—. ¡He pasado el día trabajando para ustedes, repitiendo una y otra vez…!

—No se canse. ¿Está pidiendo clemencia?

—Sí… ¡Sí, sí, sí!

Todavía, Brigitte Baby Montfort tuvo unos segundos de duda, de remordimiento por anticipado. Pero pensó en la vida de las personas que merecen vivirla, de las personas buenas y sencillas que llenan el mundo, y que viven bajo la presión de seres como Bélico y de otros peores que él. En las personas que pasan hambre y sed de todo, empezando por la comida y terminando por el amor, la comprensión y la justicia. Pensó en personas como su amigo Frankie, su ama de llaves Peggy, su jefe periodístico Miky Grogan, sus amiguitos, los niños poliomielíticos del centro que ella subvencionaba con el dinero que, en cantidades fabulosas, robaba a gente desaprensiva, en los ancianos que tomaban el sol porque ella les había costeado unas instalaciones, y no sólo en Estados Unidos. Pensó en los cientos de miles de niños sanos que habían en el mundo, y que un día podían ser manipulados como lo habían sido los de Costa Rosa… Pensó en el cielo, en el mar, en las gaviotas suspendidas en sus alas prodigiosas, en las noches de luna, en los

besos de amor…

Entonces, mirando a Dimas Fajeda, sacó su pistolita, le apuntó a la cabeza, y dijo:

—Clemencia denegada.

**FIN**